

PEQUEÑA ANTOLOGÍA ANTIFASCISTA

VARIXS AUTORXS

COMPILADOR
ÓSCAR DE PABLO

© **Óscar de Pablo**

México 2024

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Ilustración en portada: Mario López "El Mayo Monero".

Descarga éste y más de 270 libros en formato PDF
gratis desde: **www.brigadaparaleerenlibertad.com**

INTRODUCCIÓN:
ULTRADERECHA, FASCISMO Y OTRAS PORQUERÍAS

Óscar de Pablo

Sí, hay mucha gente encabronada. La sociedad contemporánea produce insatisfacción en todas partes. Y, a veces, descargamos nuestra agresividad acumulada no contra los verdaderos responsables de nuestro malestar, sino contra cualquiera a quien podamos agredir impunemente. Todos lo hemos hecho en algún momento. El trabajador humillado por su jefe vuelve a su casa y se desquita con su esposa y sus hijos; el niño maltratado en casa se desquita en el patio del colegio burlándose cruelmente de compañero más débil o vulnerable... y así sucesivamente. Como dice el dicho, “no busco a quién me la hizo sino a quién me la pague”.

Cuando esa actitud psicológica, falsamente valerosa, falsamente rebelde, toma la forma de un movimiento político, se llama *fascismo*. El fascismo manipula el enojo de los individuos, no para transformar el estado de cosas que lo produce, sino para reforzarlo. Algunos despistados portan suásticas y otras insig-

nias nazis y hasta se las tatúan, creyendo que simbolizan la transgresión y la rebeldía. En realidad, tal como la historia evolucionó, estos símbolos llegaron a representar un servilismo agresivo y un apego desafiante a los valores tradicionales. El problema, claro está, no está en el símbolo mismo, sino en la normalización de la práctica violenta del fascismo.

Inevitablemente, el capitalismo produce crisis económicas de tanto en tanto, y estas crisis se vuelven cada vez más graves. Es en estos momentos de crisis cuando la gente que tiene ciertos privilegios empieza a sentirse insegura y pierde la fe en las instituciones convencionales. La clase media se polariza políticamente: sus mejores miembros se identifican con los sectores oprimidos, mientras que los peores se vuelven furiosamente contra ellos y los culpan de todas sus desgracias. Éste es el sector que engrosa las filas de la extrema derecha. Como el niño inseguro que en la escuela se vuelve bravucón, el pequeño burgués asustado ve en los vulnerables, en los distintos, en los marginados por cualquier motivo, una víctima que puede atacar impunemente para asegurar su propio *status*, vengándose en ellos de afrentas que en realidad provienen de otro lado. Imagina que los oprimidos son naturalmente débiles y que deben aceptar un lugar social subordinado, y por lo tanto odia sus luchas por organizarse y fortalecerse. Este sector quiere ocupar en la sociedad el mismo lugar que el ca-

pataz ocupa en una empresa. Cuando estos impulsos han conquistado a un número suficiente de hombres jóvenes y fuertes, estos se constituyen en grupos de choque dispuestos a ejercer la violencia física. Eso es el fascismo.

Definiciones: Derecha, ultraderecha y fascismo

En su acepción política, las palabras *derecha* e *izquierda* designan direcciones ideológicas generales: se es más “de derecha” cuanto más se valoran y defienden las jerarquías sociales tradicionales (religiosas, raciales, de clase y de género) y más “de izquierda” cuanto más se les cuestiona y combate. En uno y otro sentido, se considera “radical” a la franja más extrema, la que está dispuesta a romper las reglas y convenciones de su sociedad con tal de impulsar sus valores.

Por ejemplo, las dictaduras militares latinoamericanas, que llegan al poder mediante Golpes de Estado y se mantienen en él violando las leyes democráticas existentes, pueden considerarse de extrema derecha, lo mismo que las corrientes políticas que en nombre de los valores tradicionales justifican estas infracciones. Actualmente, en muchos países hay movimientos de extrema derecha que tuvieron el gobierno recientemente, lo tienen aún o lo pueden tener pronto, desde Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil y Viktor Orbán en Hungría

hasta Benjamin Netanyahu en Israel, Giorgia Meloni en Italia, Marine Le Pen en Francia y Javier Milei en Argentina. Su derechismo es *radical* en la medida que rechaza postulados (como los derechos humanos, el racionalismo y la igualdad ante la ley) que la sociedad ya consideraba básicos y normales.

La palabra fascismo tiene más de una acepción. En su sentido amplio, es prácticamente un sinónimo de la derecha radical. En su sentido estricto, sin embargo, designa algo más específico: *grupos de choque de voluntarios que se organizan para imponer valores ultra derechistas*. En muchos países, estos grupos de choque ya existen y llevan a cabo atentados violentos, sobre todo los emigrantes y las minorías. Dentro del ejército ucraniano, actualmente en guerra, el batallón de voluntarios Azov reivindica la tradición fascista de su país, con sus símbolos y sus valores.

Así, si el término *derecha* describe a un sector enorme de la población política activa, los términos *derecha radical*, *extrema derecha* o *ultraderecha* describen a un sector más acotado dentro del universo de derecha; el término *fascismo*, a su vez, describe una práctica específica dentro del universo la extrema derecha, la práctica de los grupos de choque ideológicamente motivados.

Actualmente, varios políticos ultraderechistas han conquistado un poder y una popularidad considerables y, en muchos casos, se han puesto a la cabe-

za de todo el sector conservador de sus respectivos países. Aunque estos políticos no sean *fascistas* en el sentido estricto, sí alientan el crecimiento de bandas fascistas y, a cambio, reciben de ellas apoyo en las calles y a veces se convierten en sus líderes simbólicos. Así, por ejemplo, aunque ni Trump ni Bolsonaro hayan llegado al poder con métodos fascistas, grupos de verdaderos fascistas nunca faltan en sus mítines y los ensalzan como ídolos. En cuanto estos líderes empiezan a destacar en el panorama político, los atentados de los grupos de choque fascistas proliferan. Hay, pues, un continuo de colaboración y de valores entre la derecha convencional, la derecha radical y los grupos de choque propiamente fascistas.

Del fascismo clásico al neofascismo

El primer grupo de choque de voluntarios ultraderechistas fue el Ku Klux Klan (KKK) estadounidense, una sociedad secreta terrorista que surgió originalmente en la secuela de la Guerra Civil y reapareció en 1915 para reimponer las normas racistas en el sur del país, donde la esclavitud había sido abolida apenas cincuenta años antes. Ningún vocero del KKK pudo redactar un libro que diera expresión coherente a sus ideas, pues más que ideas tenía emociones. Y el medio idóneo para difundir estas emociones no fue un libro, sino con una película. Ésta fue la primera superpro-

ducción de Hollywood, *El nacimiento de una nación*, de D. W. Griffin, que fue muy popular e incluso se proyectó en la Casa Blanca. En ella, héroes blancos a caballo salvan a damiselas en apuros de los maleantes negros.

Tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918), Europa se vio sumida en una época convulsa de crisis económica y fermento revolucionario. Con el fin específico de impedir el triunfo de nuevas revoluciones obreras, como la que había tenido lugar en Rusia en 1917, en esos años se implantaron varias dictaduras de extrema derecha, como la Józef Pilsudski en Polonia y la de Francisco Franco en España. Estas dictaduras llegaron al poder apoyándose en instituciones tradicionales como la Iglesia y el Ejército. Al mismo tiempo, en toda Europa se organizaban ya grupos de choque voluntarios ultraderechistas. El primero en usar la palabra “fascismo” fue el de los *Fasci Italiani de Combatimento*, mejor conocidos como los “camisas negras”, que fundó el italiano Benito Mussolini en 1919. La palabra *fasci* quiere decir “haces” y se refiere a los haces de armas que usaban los guardaespaldas de los cónsules en la antigua Roma, una sociedad que Mussolini idealizaba. Durante los dos siguientes años, este grupo de choque se enfrentó con éxito al movimiento obrero en las calles e incluso ayudó a derrotar un intento revolucionario. En octubre de 1922, veinticinco mil fascistas de toda Italia se reunieron en

Roma para celebrar un desfile, mostrando un poder superior al del propio ejército. Ante eso, el rey Víctor Manuel III concluyó que los fascistas representaban la mejor garantía contra la amenaza revolucionaria y decidió nombrar primer ministro a Mussolini, a pesar de que ni él ni su partido habían ganado unas elecciones. Desde ese puesto, Mussolini pudo reorganizar al Estado italiano de acuerdo a sus ideas y para 1925 ya había establecido un verdadero estado fascista.

Inspirado en el modelo de Mussolini y adoptando una ideología muy similar, el frustrado pintor y soldado Adolf Hitler organizó en Alemania 1921 los llamados *Sturmabteilung*, o “Tropas de Asalto”, cuyos miembros eran conocidos como los “camisas pardas” o, simplemente, *nazis*. Igual que Italia, Alemania vivió en esa época varios intentos revolucionarios, que asustaron a los políticos tradicionales y a los grandes empresarios. Por ellos, estos últimos financiaron generosamente al movimiento de Hitler. Finalmente, en enero de 1933, el presidente Paul von Hindenburg nombró a Hitler canciller de la república. Desde ese puesto, igual que había hecho Mussolini en Italia, y en una medida incluso mayor, Hitler consolidó su poder y reorganizó al estado para convertirlo en un verdadero estado fascista. De todos los dictadores derechistas que llegaron al poder en esos años, sólo ellos dos, Mussolini y Hitler, lo hicieron partiendo de grupos de choque fascistas. Es interesante señalar que ninguno

de los dos ganó unas elecciones, pero tampoco tuvieron que vencer al ejército regular: ambos fueron *invitados* al poder legalmente, por los políticos de derecha tradicionales, que acudieron a ellos como una medida desesperada frente al peligro de la revolución obrera.

En poco tiempo, las medidas de estos dos dictadores fascistas, a los que una parte de la población idolatraba, produjeron resultados que deslumbraron a muchos: mediante un terror estatal ilimitado, ambos pudieron reducir el crimen, la corrupción y la ineficacia burocrática. Mussolini presumía de haber logrado que por primera vez los trenes italianos llegaran a tiempo y Hitler reconstruyó el poderío industrial y militar de Alemania... Aquella grandeza, sin embargo, resultó ser una apariencia momentánea. El engrandecimiento de la “nación” idealizada se basaba en el sacrificio de la libertad y la vida de gran parte de la nación real, compuesta por diversos sectores vulnerables, como las minorías étnicas, raciales, religiosas y sexuales y los disidentes políticos, así como en la supresión de todo pensamiento crítico. Así, el aparente éxito de los estados fascistas no duró. Llevados por su propia demagogia bélica, en 1939 Hitler y Mussolini se aliaron entre sí y con el Japón imperial en una guerra contra el resto del mundo, la Segunda Guerra Mundial. Inicialmente, su alianza, conocida como “el Eje”, logró ocupar casi toda Europa continental. Mientras en Asia los japoneses llevaban a cabo crímenes

de guerra terribles, en Europa los nazis exterminaron deliberadamente a seis millones de hombres, mujeres y niños judíos de toda la Europa ocupada, además cientos de miles de gitanos, enfermos, miembros de las minorías sexuales, disidentes políticos y religiosos. Si sumamos a este número el de los millones de prisioneros de guerra que ejecutaron, las víctimas del nazismo ascienden a decenas de millones. Aunque su campaña genocida sólo duró cinco años (de 1940 a 1945), el Holocausto fue uno de los mayores crímenes de la historia universal, comparable solamente a procesos de largo alcance como el colonialismo y la trata de esclavos.

Esto nunca se había visto en la Europa moderna, aunque los europeos sí habían aplicado métodos genocidas en otras partes del mundo. Entre 1904 y 1907, por ejemplo, los alemanes habían conducido una guerra de exterminio contra las poblaciones nativas de lo que hoy es Namibia, así que muchos veteranos estaban ya acostumbrados al crimen. Según la expresión del intelectual anticolonial Franz Fanon, el fascismo fue la aplicación en la propia Europa de las prácticas brutales que los europeos habían aplicado sólo en sus colonias.

Al iniciar la guerra, los nazis prometían que su poder duraría mil años. En realidad, sólo duró cinco. En 1945 el Eje fue derrotado por una alianza encabezada por las potencias occidentales (Gran Bretaña y Esta-

dos Unidos), la Unión Soviética y los movimientos de resistencia de todos los países ocupados. La guerra y la derrota provocaron la ruina total de Italia, Alemania y Japón... pero al menos había terminado la pesadilla.

Tras su derrota en la guerra, el fascismo y el nazismo se desprestigiaron a tal punto que desaparecieron del discurso público y sus nombres empezaron a usarse casi únicamente como insultos. Sin embargo, pequeños movimientos fascistas sobrevivieron en los resquicios de todas las sociedades capitalistas. A estos movimientos se les llama a veces “*neo-fascistas*” o “*neo-nazis*”, pero sus ideas y su naturaleza no son distintas a las del fascismo clásico.

Uno de los rasgos más visibles del neo-fascismo es la teoría de la conspiración que, contra toda evidencia, niega que el Holocausto realmente ocurrió o que fue tan grave como se afirma. En realidad, cualquiera que se esfuerce un poco puede acceder a una cantidad abrumadora de pruebas de que el Holocausto sí existió, pero los neofascistas rechazan la lógica y la evidencia. De todas las llamadas “teorías de la conspiración” paranoicas, la negación del Holocausto es una de las más inhumanas y peligrosas.

Como ya no podían usar la suástica ni llamarse abiertamente nazis (lo que en muchos países está prohibido), estos grupos desarrollaron símbolos y claves más o menos secretas para identificarse, como la cruz celta, el *wolfsangel* y otras runas germánicas.

En Estados Unidos, donde la tradición de la extrema derecha viene más del esclavismo sureño que del fascismo europeo, los grupos fascistas suelen usar la vieja bandera de combate del Sur esclavista.

Actualmente, la crisis de legitimidad del neoliberalismo, por un lado, y el ascenso de nuevas corrientes emancipadoras (como el feminismo y las disidencias sexuales), por otro, han producido como reacción un nuevo auge de la ultraderecha y la amenaza de un resurgimiento del fascismo. Temiendo perder sus precarios privilegios, millones de varones blancos de clase media (y no sólo ellos), hallan en la extrema derecha una ideología que responde a sus miedos y a su agresividad. Y algunos de ellos han empezado a organizar grupos de choque, aunque por ahora estos son pequeños.

Las “ideas” fascistas

El fascismo no es una idea ni un discurso, sino una práctica: la de los grupos de choque de voluntarios ultraderechistas. Sin embargo, para para cumplir esa función específica y justificar su práctica, el fascismo tuvo que adoptar ciertas ideas. Éstas son vagas, incoherentes y fluidas (cambian sin mayor problema de acuerdo a la circunstancia), pero son ideas, al fin y al cabo.

Para empezar, el discurso fascista apela abiertamente a la emoción, no al pensamiento. Es cierto que

los individuos de todas las corrientes, hasta los más racionalistas, nos dejamos influir en alguna medida por factores emotivos e irracionales. Nadie pretende negar o minimizar estos factores. Pero el fascismo es la única corriente que abraza abiertamente el irracionalismo como un rasgo positivo. Haciendo un revoltijo de ideas filosóficas anteriores, más o menos serias, que surgieron en el siglo XIX como reacción al positivismo y al materialismo (entre ellas los conceptos del “súper hombre” y la “voluntad de poder” de Nietzsche, y del “mundo como voluntad” de Schopenhauer), los ideólogos fascistas proclaman que las ideas políticas deben juzgarse como se juzgan las obras de arte, es decir, no por la verdad objetiva que contienen sino por su capacidad de emocionar al espectador. Una vez que sus postulados han logrado emocionar a su “público”, esta emoción se traduce en voluntad de acción, en fuerza bruta, en capacidad de violencia. Y conforme esa fuerza va consiguiendo éxitos, estos generan más emoción y confirman a los fieles en su creencia. Este círculo vicioso es muy difícil de romper, de ahí que el irracionalismo fascista sea tan peligroso.

Muchos fascistas del pasado y del presente profesan creencias irracionales (desde las teorías de la conspiración más descabelladas y el racismo seudocientífico hasta el ocultismo y el misticismo esotérico), no porque éstas resistan la prueba de la evidencia o del argumento lógico, sino por su valor estético

y emotivo: mientras sus ideas emocionen y conmuevan, y sobre todo, mientras los inspiren en la acción y les den fuerza, las considerarán buenas.

Es cierto que siempre ha habido políticos que apelan a las emociones viscerales de sus seguidores y no a su razón. Eso solía llamarse demagogia, aunque hoy se llama mercadotecnia política. Pues bien, el fascismo se distingue de la simple demagogia o la simple mercadotecnia porque justifica filosóficamente su irracionalismo. De la ciencia, el fascismo toma sólo los hallazgos que le gustan, contradiciendo así el espíritu de la ciencia misma. De ahí que los nazis hayan dirigido la quema masiva de libros que exponían ideas consideradas “corruptas”, que iban desde el marxismo y el psicoanálisis hasta la teoría de la relatividad. Sabían que no podrían convencer, así que sólo buscaron vencer. Actualmente, ciertos gobernadores de extrema derecha en Estados Unidos han logrado prohibir que se enseñe la historia de la opresión racial.

Así pues, hay que responder a la demagogia fascista reivindicando la aspiración a la ciencia más rigurosa y sometiendo a una crítica racional constante no sólo las ideas políticas, sino también las emociones y los gustos estéticos... y especialmente *nuestras* ideas, *nuestras* emociones y *nuestros* gustos. No se trata de “cancelar” las ideas filosóficas que los fascistas usan (como las de Nietzsche o Schopenhauer), sino de leerlas críticamente, como otras tantas voces necesarias para la confrontación general de ideas.

Si el fascismo rechaza la razón, en cambio le rinde culto a la violencia. Es verdad que la violencia ha sido un factor generalizado en la historia: todas las corrientes políticas del presente y del pasado han tenido que recurrir a ella para buscar los cambios que desean o para defenderse de los que no desean. También es cierto que las guerras sólo pueden librarse y ganarse si inspiran a los combatientes, por eso todas las corrientes políticas y todas las sociedades han idealizado en mayor o menor medida sus propias guerras, produciendo piezas de arte tan emocionantes como *La Ilíada*. Finalmente, es cierto que la gente halla placer estético en la violencia, por eso existen las películas de acción y los videojuegos de guerra. Afortunadamente, la mayoría comprendemos que la violencia *real* es nociva y por eso sólo buscamos representaciones *ficticias* de los combates. En política, las distintas tendencias recurren a la violencia sólo en la medida en que es inevitable, pero aspiran a conseguir una forma de paz como fin último. Los fascistas no. De todas las corrientes políticas modernas, sólo el fascismo abraza abiertamente la violencia (no la violencia ficticia de las películas, sino la violencia real) como un impulso saludable y eterno. Con la falsa valentía de los bravucones, el fascista sólo le encuentra sentido a la vida y sólo se siente a gusto si está luchando y venciendo, si está demostrando su fuerza, haciendo sufrir o humillando a un enemigo, a un “otro”. Ésa es

la actitud psicológica de muchos delincuentes violentos, es cierto, pero el fascismo hace de ella toda una filosofía política y así busca legitimarla. Ya en tiempos del fascismo, poetas como Gabriele D'Annunzio y Filippo Marinetti compusieron obras que glorificaban la guerra por la guerra misma.

Masculinidad tóxica como principio político

En nuestras sociedades machistas, muchos hombres se desquitan de cualquier frustración agrediendo verbal o físicamente a mujeres, en la medida en que las perciben como socialmente vulnerables. Pues bien, con su culto fanático de las jerarquías sociales, el fascismo ha elevado esta agresividad masculina al nivel de un principio político. Malentendiendo e idealizando los hallazgos de la zoología, el fascista sueña con una sociedad como la de los chimpancés, donde un “macho alfa” tiene derecho mandar sobre el “macho beta” y así sucesivamente, con las hembras en una posición eternamente subordinada y jerarquizada a su vez. El fascista no sabe, o no le importa, que las costumbres jerárquicas de los chimpancés no son generalizadas ni siquiera entre los primates, ni que el *Homo sapiens* es una especie muy distinta a los chimpancés. Por eso, el fascismo no sólo busca reforzar el privilegio social de los varones, sino que además idealiza los rasgos supuestamente masculinos de

cada individuo (hombre o mujer), como la fuerza, la agresividad y la competitividad, rechazando los rasgos supuestamente femeninos, como la compasión y el cuidado de los más débiles. Por eso, el fascismo odia especialmente los movimientos en pro de la diversidad personal y de la equidad social, sobre todo los que cuestionan las jerarquías de género, como el feminismo.

La noción de que lo femenino debe subordinarse a lo masculino es totalmente irracional, pero es el tipo de idea que los fascistas aceptan como verdadera únicamente por su efecto emotivo: los hace sentir fuertes. Eso no significa que sólo los hombres puedan ser fascistas. En general, los fascistas sostienen que las mujeres pueden y deben sentirse orgullosas de su posición “natural” como subordinadas del hombre. Y, en efecto, hay algunas mujeres que se dejan engañar por eso y se suman a movimientos de extrema derecha, si bien es raro que se les acepte en los grupos de choque fascistas.

Un corolario inevitable del culto fascista a las jerarquías verticales es la sumisión a un líder individual, al que se le atribuyen todo tipo de virtudes místicas. El fascista acepta que su líder político sea el “macho alfa” de la nación, porque eso le da derecho a ser el macho alfa de su familia o de su oficina. Tomando títulos de la historia de sus países, Mussolini se hacía llamar *Duce* y Hitler *Führer*. Hoy, elevados por la adoración de sus seguidores, personajes totalmente

mediocres adquieren un aura de atletas sexuales, de luchadores invencibles, de superhéroes. Este endiosamiento de señores grotescos como Trump y Bolsonaro (que literalmente se hace llamar “mesías”), sería ridículo si no fuera peligroso.

¿Es el fascismo una forma de socialismo?

Los fascistas rechazan el principio de la libertad individual y critican los principios liberales del capitalismo, y postulan que cada individuo debe subordinarse a los fines que la colectividad le asigna, de acuerdo al lugar que cada cual ocupa en la jerarquía social. La personalidad y las inclinaciones de cada quien, dicen, deben sacrificarse en aras del bien nacional. En eso, su visión del mundo se parece a la que dominaba en la Europa medieval, aunque entonces la gente no conocía otra forma de pensar.

En Italia, Benito Mussolini inició su carrera política como socialista; en Alemania, Adolf Hitler adoptó para su movimiento fascista el nombre de “Partido Obrero Nacional-Socialista” (de ahí la abreviatura “nazi” con la que se le conoce). Por ello, actualmente, algunos ideólogos superficiales afirman que el fascismo es una forma de socialismo y que su verdadero contrario es el individualismo liberal capitalista. ¿Es verdad esto?

La palabra *socialismo* puede significar distintas cosas, según quien la use. Cuando Hitler la usó

para darle nombre a su partido, no quería decir que deseara abolir la propiedad privada ni que se opusiera a la existencia de una clase de grandes empresarios. Precisamente *para defender las jerarquías sociales del capitalismo*, los nazis proponían que el estado tuviera cierta participación en la economía. Si bien pensaban que los jerarcas del partido nazi debían mandar sobre todas las clases sociales, jamás cuestionaron las clases sociales mismas: por el contrario, creían que su misión era defender esa estructura de clases. El uso que deban a la palabra *socialismo* no tiene nada en común con la idea habitual del socialismo, como un sistema radicalmente igualitario en donde no existe propiedad privada ni la jerarquía de clases.

En su apego a las estructuras tradicionales, Hitler y Mussolini condenaban al liberalismo, pero por considerarlo demasiado igualitario, demasiado izquierdista para su gusto. Al fundar el fascismo, lejos de buscar la colaboración de sus antiguos camaradas socialistas, Mussolini los enfrentó violentamente enviando contra ellos a sus “camisas negras”. Hitler siempre proclamó su odio a los comunistas y socialistas, y, al llegar al poder, proscribió inmediatamente al Partido Comunista, acusando a sus miembros de haber provocado el incendio del parlamento. Mientras existió, el estado fascista reprimió con violencia a todas las organizaciones que cuestionaran al capitalismo, fueran socialdemócratas, sindicalistas, co-

munistas o anarquistas. En cambio, tanto el “nacional socialismo” de Hitler como el fascismo de Mussolini pactaron con los partidos capitalistas convencionales y aceptaron financiamiento de los grandes empresarios, tanto nacionales como extranjeros. Incluso después del comienzo de la guerra, grandes empresas estadounidenses tenían inversiones considerables en la Alemania nazi. Muchas de las empresas que financiaron el nazismo o invirtieron en la Alemania nazi (como Kodak, Bayer, Coca Cola, Nestlé, IBM, BMW, Adidas, Hugo Boss y Volkswagen) siguen existiendo y prosperando.

Es verdad que, a diferencia de la derecha más elitista, los fascistas apelan a la gente de todas las clases, incluyendo a los obreros. No buscan acallar a las masas, como los conservadores de viejo cuño, sino movilizarlas en su apoyo. No llaman a los obreros a luchar por sus propios intereses de clase reales, sino a que acepten su lugar subordinado en la estructura de la nación imaginaria y llenen los desfiles. Los fascistas aborrecen más que nada la idea de lucha de clases, aunque en realidad ellos mismos son un arma de los capitalistas en esa lucha. Como decía el dramaturgo alemán Bertoldt Brecht, que tuvo que exiliarse por su valiente combate al gobierno de Hitler: “De nada sirve denunciar al fascismo si no se dice nada contra el sistema capitalista que lo engendra”.

Fascismo, religión y monarquía

Sobre todo en sus primeros años, el fascismo y el nazismo pretendían ser movimientos filosóficamente innovadores y hasta transgresores. Sus postulados ideológicos se oponían diametralmente a la ética judeocristiana tradicional. Cuando Mussolini fundó el movimiento fascista en lo que entonces era el reino de Italia, afirmaba ser un republicano radical. Sin embargo, no bien llegaron al poder, tanto Mussolini como Hitler se reconciliaron con las instituciones tradicionales como el gran capital, el ejército y, en el caso de Italia, la Iglesia Católica y la corona. El miedo a la revolución social hizo que tanto la derecha tradicional como el fascismo olvidaran sus diferencias de principios y se reconciliaran. El viejo rey de Italia, Víctor Manuel III, mantuvo la corona durante todo el periodo fascista, y tras la conquista de Etiopía aceptó de Mussolini el título de “emperador”. Sólo después de la derrota del fascismo y el nazismo pudieron los italianos deshacerse de la monarquía. Al mismo tiempo, Mussolini mantuvo relaciones más o menos cordiales con el papado. En 1929, firmó con el Papa Pío XI los Acuerdos de Letrán, que concedían la soberanía sobre Vaticano. Entre 1936 y 1939, tanto Mussolini como Hitler apoyaron a los ejércitos del ultraderechista católico Francisco Franco en la guerra civil española, y por ello recibieron la gratitud del Papa. En 1938, cuan-

do Hitler se anexó Austria, inmediatamente obtuvo el apoyo de la derecha católica de ese país.

Es verdad que durante la Segunda Guerra muchos sacerdotes católicos y de otras denominaciones se enfrentaron valerosamente al fascismo en la Europa ocupada y protegieron a los perseguidos arriesgando sus propias vidas, pero también que la actitud del papado fue ambigua y que muchos altos jerarcas de la iglesia, como el obispo austriaco Alois Hudal, colaboraron abiertamente con los criminales nazis y después de su derrota los ayudaron a escapar de la justicia. El obispo Hudal nunca fue excomulgado ni sufrió castigo alguno.

Del mismo modo, en la actualidad, muchas iglesias evangélicas de Estados Unidos y de Brasil apoyan a la extrema derecha aun cuando sus líderes violan todos los preceptos morales del cristianismo, y estos líderes aceptan el apoyo de las iglesias aun cuando se jactan de ser todo lo contrario del ideal cristiano. En el fondo, el discurso transgresor y hasta “revolucionario” del fascismo es una fachada que sólo le sirve para encubrir su cruzada en defensa de todas las jerarquías tradicionales.

Racismo y nacionalismo

Las ciencias naturales no reconocen la división de la especie humana en “razas”, y menos en razas ubica-

das en una jerarquía vertical que va de las inferiores a las superiores. Sin embargo, hay gente a la que conviene creer que esta división existe en la naturaleza. Ese prejuicio da a algunos movimientos fascistas un pretexto más para ejercer su violencia contra los vulnerables, contra los diferentes. El Ku Klux Klan y la Hermandad Aria en Estados Unidos y el nazismo en Alemania se distinguen sobre todo por su obsesión racista, y su idea de que los europeos blancos en general y los nórdicos en particular constituyen una “raza” superior y los demás humanos ocupan algún punto más abajo. Eso no significa que sólo los miembros de las supuestas “razas superiores” puedan ser fascistas ni que los fascistas sean siempre coherentes en la aplicación de sus prejuicios raciales. Su racismo es un ejemplo de su irracionalidad fundamental. Una “idea” que consideran verdadera sólo cuando les conviene. Por eso, durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler enfatizaba las supuestas diferencias “raciales” que separaban a los alemanes de los ingleses, pero no tenía problema en aliarse con Mussolini, que era europeo del sur, ni con el imperio japonés, que no era europeo en absoluto. En cada país, la mentalidad fascista exalta como “raza superior” al grupo étnico socialmente dominante, cualquiera que éste sea, aunque, en otro país, ese mismo grupo sea considerado inferior. Así, aunque el nazismo alemán considera a los emigrantes griegos como inferiores, en Grecia el fascismo se diri-

ge contra los emigrantes del Medio Oriente y de África; mientras el nazismo clásico es furiosamente anti-judío, en el Israel actual los colonos hebreo-parlantes de mentalidad fascista dirigen su violencia contra los palestinos, y el estado israelí mismo comparte sus prejuicios. Entre los latinoamericanos (a quienes los fascistas “blancos” consideran una raza inferior) también hay grupos fascistas que dirigen su odio contra los indígenas, los afrodescendientes y los emigrantes de otros países más pobres. Ninguna nación y ninguna “raza” es inmune a los prejuicios nacionalistas y racistas.

Las naciones, a diferencia de las razas, existen, pero son productos transitorios de la historia social y económica, no entidades místicas ni eternas. En el muy desigual sistema económico actual, grandes empresas originadas en los países más ricos imponen su voluntad a las naciones más pobres, negando en la práctica su derecho a la autodeterminación. Por eso, es saludable y progresista que la gente luche por defender sus derechos nacionales cuando estos se ven vulnerados. Lo que no es saludable ni progresista es la creencia de que cada nación es un conjunto homogéneo con intereses indivisibles, que obliga a todos los ciudadanos a unirse contra los ciudadanos de las demás naciones. Ésta es la ideología del nacionalismo, que el fascismo lleva al extremo.

El sueño de los fascistas no es un mundo donde todas las naciones tengan un acceso pleno e igual a la

autodeterminación; por el contrario, desean que sólo *su propia nación*, a la que atribuyen derechos excepcionales, se fortalezca hasta el punto de conquistar a todas las demás. No les importan los derechos nacionales ajenos. Por eso, Mussolini se lanzó a la conquista de Etiopía en 1935, exaltando los derechos nacionales de Italia, pero negando los de los etíopes. Este nacionalismo agresivo puede llamarse, más precisamente, “chovinismo”.

Actualmente, la extrema derecha nacionalista de cada país enfoca su odio en los migrantes de países más pobres, a los que acusa de traer consigo todos los problemas sociales asociados con la pobreza, y de “robarle los empleos” a los ciudadanos nativos. Lo que esta derecha nacionalista no dice es que quienes provocan la pobreza y sus males asociados y quienes despiden gente para mantener bajos los salarios no son los migrantes, sino los dueños, nacionales y extranjeros, de las grandes empresas. Son ellas las que deciden el rumbo de la economía mundial sin consultar a los ciudadanos, y por lo tanto son ellas quienes violan los derechos nacionales de los países. Por eso, la única respuesta real a los agravios de las empresas transnacionales no es un orgullo nacional estrecho, sino la *solidaridad internacional* de los oprimidos.

En la práctica, el discurso de la pureza nacional es ya imposible de aplicar. Por eso, aunque la derecha nacionalista ataque los principios interna-

cionalistas de la izquierda y condene toda participación política de los extranjeros... cuando se trata de conseguir financiamiento, los mismos grupos ultraderechistas no tienen problema en crear coaliciones internacionales, contradiciendo su supuesta pureza nacionalista. Respondamos, pues, a su nacionalismo vacío con un internacionalismo cabal, franco y orgulloso, que reconozca los mismos derechos a cada nación, sea o no la propia, y a todas y todos los seres humanos, independientemente de su lugar de nacimiento o el de sus padres.

¿Cómo combatir el fascismo?

En el patio de la escuela, el bravucón sólo dejará en paz a sus víctimas si los demás alumnos le hacen el vacío, si no le aplauden su agresión, si desenmascaran su cobardía, aunque para ello tengan que enfrentarlo. En la cotidianidad de la vida (en las redes sociales, por ejemplo) tenemos la oportunidad de decidir si aplaudimos los comentarios y actitudes racistas, machistas y xenofóbicos, o si los enfrentamos. Esto último, es verdad, requiere un grado inusual de claridad de ideas, coherencia y valentía. Entender que está en nuestro propio interés defender los derechos de otros y otras se llama *solidaridad*.

A veces, aplicar una solidaridad activa exige confrontar las ideas nocivas... cordialmente cuando

es posible, frontalmente cuando es necesario. En vez de imitar el irracionalismo de la derecha extrema, hay que oponerle el pensamiento crítico y la aspiración a una actitud racional rigurosa. Pero el fascismo no es una idea, sino un movimiento de acción. Una vez que las ideas ultraderechistas han tomado cuerpo en una organización fascista, es decir, en un grupo de choque, sólo queda enfrentar la fuerza bruta de estos aspirantes a “machos alfa” con otra fuerza mayor: la fuerza inteligente de nuestra organización, nuestros números y nuestro pensamiento colectivo.

El debate franco y la confrontación de ideas son las actividades más importantes y más hermosas, pero tienen su momento y su lugar. No hay que confundir el momento de confrontar ideas con el momento de confrontar bandas armadas. Cada vez que veinte fascistas se reúnan para proclamar su odio, doscientos antifascistas deben reunirse, no para debatir con ellos, sino para dejarles claro, con la fuerza de sus números, que no son tan fuertes como creen. Si no es así, mañana serán treinta y pasado mañana serán trescientos. Hoy gritan insultos a los migrantes, mañana incendiarán un albergue.

En esta lucha no caben sectarismos. Todas las corrientes y todos los movimientos que de una forma u otra aspiren a la igualdad social y la diversidad individual pueden y deben unirse *en la acción*, sin perder por ello sus propios perfiles ideológicos, para ase-

gurar que los fascistas no tengan un lugar donde se sientan fuertes y donde puedan reunirse a desplegar sus banderas. Hoy, estos grupos son pequeños, pero el desarrollo de la sociedad, la crisis económica o el miedo a una revolución pueden llevar a su resurgimiento masivo. Cuando eso ocurra, el fascismo debe encontrar a sus enemigos férreamente preparados, consientes y organizados.

Finalmente, la historia nos enseña que los fascistas propiamente dichos no necesitan convencer a la mayoría para llegar al poder. En el momento de la verdad, las derechas tradicionales, “normales”, que sí suelen ser mayoritarias, pueden entregar voluntariamente el poder a los pequeños grupos fascistas. No basta, pues, enfrentar físicamente a los locos extremistas... para minar el campo de cultivo de un fascismo futuro, hay que combatir permanentemente las convenciones y prejuicios generalizados, que la mayoría de la gente comparte en alguna medida. Esto requiere un tipo distinto de valentía.

FASCISMO

CLARA ZETKIN

(1923)

El proletariado ha encontrado en el fascismo un enemigo extraordinariamente peligroso. El fascismo es la expresión más directa de la ofensiva general de la burguesía mundial contra el proletariado. Por lo tanto, derrotarlo es una necesidad absoluta o, más bien, una condición de la existencia cotidiana, el pan de cada día de todo trabajador. Por ello, todo el proletariado debe concentrarse en la lucha contra el fascismo.

Derrotar al fascismo será mucho más fácil si estudiamos clara y definidamente su naturaleza. Hasta ahora, las ideas que dominan al respecto han sido extremadamente vagas, no sólo entre las grandes masas trabajadoras, sino incluso entre la vanguardia revolucionaria del proletariado y de los comunistas. Hasta ahora, el fascismo suele equipararse al Terror Blanco de Miklós Horthy en Hungría. Si bien los métodos de ambos son similares, su esencia es diferente. El Terror

de Horthy sobrevino después de la derrota de la breve revolución proletaria, como forma de venganza. Sus cuadros eran unos cuantos ex oficiales. En cambio, el fascismo, visto objetivamente, no es la venganza de la burguesía a las conquistas de proletariado, sino una consecuencia de que éste no haya podido extender la revolución que inició en Rusia. Sus cuadros no son una casta pequeña y exclusiva, sino que están profundamente arraigados en amplios sectores del pueblo.

Tenemos que vencer al fascismo no sólo militarmente, sino también política e ideológicamente. Hasta hoy, los reformistas han descrito al fascismo solamente como una forma cruda de violencia, una reacción a la violencia del proletariado. Para ellos, la Revolución Rusa es como el pecado que cometieron Adán y Eva al morder la manzana en el Jardín del Edén, y ven en el fascismo sólo una consecuencia de la Revolución Rusa. Esto fue exactamente lo que expresó el líder socialdemócrata austriaco Otto Bauer en el Congreso de Unidad de Hamburgo, cuando declaró que gran parte de la culpa del fascismo la tienen los comunistas, por haber debilitado al proletariado con sus continuas divisiones. Al decir eso, pasaba completamente por alto el que los socialdemócratas independientes alemanes nos habíamos separado de la socialdemocracia mucho antes de que llegara el “ejemplo desmoralizador” de la Revolución Rusa.

Contradiciendo sus propios puntos de vista, en Hamburgo Bauer tuvo que reconocer que la úni-

ca manera de enfrentar la violencia organizada del fascismo es formar organizaciones proletarias de defensa, pues ningún llamamiento a la democracia puede ser efectivo contra la violencia directa. Aun así, tuvo que aclarar que no estaba llamando a los obreros a empuñar armas como la insurrección o la huelga general, que no siempre tienen éxito. Simplemente pedía que la acción parlamentaria se complementara con acciones de masas. ¿Qué clase de acciones? Otto Bauer no lo dice, pero ésa es la esencia de la cuestión. La única medida concreta que Bauer recomendó para luchar contra el fascismo fue el establecimiento de un Buró Internacional de Información sobre la reacción mundial.

La característica distintiva de la vieja y supuestamente renovada internacional reformista es su fe en el poder de burguesía y en su permanencia, así como su cobardía y su desconfianza respecto proletariado como sujeto de la revolución mundial. Sus líderes creen que, contra la fuerza invencible de la burguesía, el proletariado no puede hacer más de moderarse y abstenerse de provocar al tigre. Pero el fascismo, con toda su violencia, no es más que la expresión de la desintegración y decadencia de la economía capitalista, cuyos síntomas ya se apreciaban desde antes de la guerra, y un síntoma de la disolución del estado burgués. Ésta es una de sus raíces.

La guerra sacudió la economía capitalista hasta sus cimientos, produciendo no sólo un empo-

breximiento colosal del proletariado, sino también la miseria profunda de la pequeña burguesía, de los pequeños campesinos y de los intelectuales. A todos estos sectores se les había prometido que la guerra generaría una mejora en sus condiciones materiales. En cambio, gran parte de la antigua clase media pasó al proletariado y perdió toda su seguridad económica. Entre sus filas había grandes números de ex oficiales, que ahora están desesperados. Entre esos elementos, el fascismo reclutó un contingente considerable. Esa composición también explica el que el fascismo en algunos países tenga un carácter francamente monárquico.

La segunda raíz del fascismo está en el retraso de la Revolución Mundial, fracaso debido a las traiciones de los líderes reformistas. Gran parte de la pequeña burguesía y de las clases medias habían dejado atrás la psicología de guerra a favor de cierta simpatía por el socialismo reformista, del que esperaba una reforma social por vías democráticas. Esta esperanza se vio defraudada. Ahora, estas masas se han dado cuenta de que los líderes reformistas están de acuerdo con la burguesía y, por desgracia, no han perdido la fe en los líderes reformistas, sino también en el socialismo en general. A estas masas de simpatizantes socialistas decepcionados las siguen amplios círculos del proletariado, que perdieron su fe no sólo en el socialismo, sino también en su propia clase. El fascismo le ofreció un refugio a los políticamente desamparados.

Para ser justos, debemos decir que los comunistas —excepto los rusos— tenemos parte de la culpa de la deserción de estos elementos hacia las filas fascistas, pues no siempre hemos conseguido agitar a las masas con la suficiente profundidad. La vía obvia de los fascistas para ganar un apoyo amplio entre los diversos elementos de la sociedad era, naturalmente, intentar superar el antagonismo de clase en las propias filas de sus seguidores y el llamado Estado autoritario debía de servir para ese fin. Aunque el fascismo ha atraído elementos que pueden ser muy peligrosos para el orden burgués, por ahora, estos elementos han sido invariablemente superados por los elementos reaccionarios.

La burguesía, que quería reconstruir la economía capitalista, percibió claramente esta situación desde el inicio. En las condiciones actuales, el restablecimiento de su dominio sólo podía conseguirse a costa de la creciente explotación del proletariado. La burguesía sabe bien que los socialistas reformistas de voz suave están perdiendo el control sobre los obreros y que no hay otro camino que la violencia contra el proletariado. En mayor o menor medida, la violencia estatal está resultando insuficiente. Por lo tanto, requiere una nueva organización de la violencia, y eso es lo que le ofrece el confuso conglomerado del fascismo. Por esta razón, la burguesía ha puesto todas sus fuerzas al servicio del fascismo.

El fascismo tiene diferentes características en cada país. Sin embargo, tiene dos características distintivas en todos los países, a saber: por un lado, la pretensión de un programa supuestamente revolucionario, que se adapta hábilmente a los intereses y reclamos de las grandes masas, y por otro, la aplicación de la violencia más brutal.

El ejemplo clásico es el fascismo italiano. El capital industrial en Italia no era lo suficientemente fuerte para reconstruir una economía arruinada. No se esperaba que el Estado interviniese para aumentar el poder y las posibilidades materiales del capital industrial del norte de Italia. El Estado estaba dando toda su atención al capital agrario y al pequeño capital financiero. Las industrias pesadas, artificialmente estimuladas durante la guerra, colapsaron cuando ésta acabó y sobrevino una ola de desempleo sin precedentes. Las promesas que se le habían hecho a los soldados no pudieron cumplirse. Todas esas circunstancias crearon una situación extremadamente revolucionaria que, en el verano de 1920, llevó a la ocupación de las fábricas. En esa ocasión, quedó claro que las condiciones revolucionarias sólo estaban maduras para una pequeña minoría del proletariado. En lugar de ser el punto de partida para un desarrollo revolucionario, la ocupación de fábricas se vio, por tanto, condenada al fracaso. Los líderes reformistas de los sindicatos actuaron como traidores ignominio-

sos y al mismo tiempo, se demostró que el proletariado no poseía ni la voluntad ni el poder para marchar directamente hacia la revolución.

A pesar de la influencia reformista, aun había en el seno del proletariado fuerzas que podían incomodar a la burguesía. Las elecciones municipales, en las que los socialdemócratas conquistaron un tercio de los concejos, fueron una señal de alarma para la burguesía, que inmediatamente comenzó a impulsar una fuerza capaz de combatir al proletariado revolucionario. Fue en esa época cuando Mussolini cobró importancia como líder del fascismo. Después de la derrota del proletariado en la ocupación de las fábricas, el número de fascistas era superior a mil, y grandes masas del proletariado se unieron a la organización de Mussolini. Por otro lado, un vasto sector del proletariado había caído en la apatía. La causa del primer éxito del fascismo fue que comenzó con un gesto revolucionario. Su supuesto objetivo era luchar para mantener las conquistas revolucionarias de la guerra, y para eso exigían un Estado fuerte, capaz de proteger los frutos de la victoria contra los intereses hostiles de varias clases sociales representadas por el “antiguo Estado”. Sus consignas se dirigían contra todos los explotadores, y por tanto, también contra la burguesía. En aquel momento, el fascismo era tan radical que exigía la ejecución de Giolitti y el destronamiento de la dinastía reinante. A pesar de

esto, Giolitti se abstuvo cuidadosamente de atacar al fascismo, en el que veía un mal menor. Para satisfacer los clamores fascistas, disolvió el parlamento italiano. En aquella época, Mussolini todavía se decía republicano y, en una entrevista, declaró que la facción fascista no participaría en la apertura del parlamento italiano en protesta por la ceremonia monárquica que la acompañaba. Esas declaraciones provocaron una crisis en el movimiento fascista, que había surgido de una fusión de los seguidores de Mussolini y la organización monárquica, que integraron en partes iguales el comité ejecutivo del partido. El Partido Fascista creó un arma de doble filo para corromper y aterrorizar a la clase trabajadora. Para corromperla se crearon los sindicatos fascistas, las llamadas corporaciones, en que los trabajadores y los empresarios estaban unidos. Para aterrorizar a la clase trabajadora, el Partido Fascista creó los escuadrones militantes que surgían de las expediciones punitivas.

Aquí debe resaltarse nuevamente que la tremenda traición de los reformistas italianos durante la huelga general, causa de la terrible derrota del proletariado, había dado un incentivo directo a los fascistas para capturar el Estado. Por otro lado, los errores del Partido Comunista consistían en considerar al fascismo apenas como un movimiento militarista y terrorista sin ninguna base social profunda.

Examinemos ahora lo que ha hecho el fascismo desde que tomó el poder para cumplir su pretendi-

do programa revolucionario y su promesa de formar un Estado sin clases. El fascismo prometió una ley electoral nueva y mejor que incluiría el sufragio femenino. En la realidad, la nueva ley electoral de Mussolini fue la peor restricción del sufragio en favor del Movimiento Fascista. De acuerdo con esa ley, dos tercios de los escaños deben concederse al partido más fuerte, y a todos los demás partidos debe repartirse el tercio restante. El sufragio femenino fue totalmente eliminado. El derecho al voto se le concede sólo a un pequeño grupo de mujeres propietarias y a las llamadas “viudas de los generales”. No menciona siquiera el parlamento económico, la Asamblea Nacional, ni la abolición del Senado, que tan solamente prometían los fascistas.

Lo mismo puede decirse de sus promesas en la esfera social. Los fascistas habían escrito en su programa la jornada de ocho horas, pero el proyecto de ley que presentaron tiene tantas excepciones que no debe de haber una sola persona que trabaje ocho horas en Italia. Nada se vio tampoco de la prometida garantía de los salarios. La destrucción de los sindicatos permitió a los empresarios efectuar reducciones salariales del 20% al 30% y, en algunos casos, del 50% al 60%. El fascismo había prometido la pensión para la vejez y la invalidez. En la práctica, en nombre de la economía, el gobierno fascista recortó los miserables 50 millones de liras que habían

sido reservadas para ese fin en el presupuesto. A los trabajadores se les había prometido el derecho a la participación técnica en la administración de las fábricas. En cambio, se instauró en Italia una ley que prohíbe completamente los concejos de fábrica. Las empresas estatales están pasando a manos del capital privado. El programa fascista contenía una provisión para el impuesto progresivo a la renta sobre el capital, que hasta cierto punto era un acto de expropiación. En los hechos, se hizo lo opuesto. Se abolieron varios impuestos sobre el lujo, como el impuesto sobre los automóviles, supuestamente porque restringiría la producción nacional. Los impuestos indirectos aumentaron porque eso reduciría el consumo doméstico y así mejorarían las posibilidades de exportación. El gobierno fascista también revocó la ley que establecía el registro de la transferencia de títulos, introduciendo así el sistema al portador y abriendo las puertas a la evasión de impuestos. Las escuelas se le entregaron al clero. Antes de conquistar el Estado, Mussolini exigía una comisión para investigar los lucros de guerra, de los cuales el 85% debía ser restituido al Estado. Cuando esta comisión se tornó incómoda para sus promotores financieros, los industriales pesados, él ordenó que la comisión sólo presentase su informe a él y quien publicase cualquier cosa que hubiera descubierto la comisión sería penado con seis meses de cárcel.

Tampoco en cuestiones militares cumplió el fascismo sus promesas. Había prometiendo que la ac-

tividad del ejército se limitaría a la defensa territorial. En realidad, el periodo de servicio militar permanente se aumentó de ocho a diez meses, lo que significó el aumento de las fuerzas armadas de 250 mil a 350 mil efectivos. Las Guardias Reales se abolieron... ¡porque eran demasiado democráticas para el gusto de Mussolini! Por otro lado, los carabineros aumentaron de 65 mil a 90 mil y todas las tropas policiales se duplicaron. Las organizaciones fascistas se transformaron en una especie de milicia nacional, que según las últimas cuentas han llegado ya al número de 500 mil efectivos. Sin embargo, las diferencias sociales introducirán en la milicia un elemento de diferenciación política que terminará produciendo el colapso final del fascismo.

Comparar el programa fascista con su cumplimiento, permite prever su completo colapso ideológico. Y la bancarrota política seguirá inevitablemente al colapso ideológico. El fascismo es incapaz de mantener unidas las fuerzas que lo ayudaron a llegar al poder. Un choque de intereses en muchas formas ya se está haciendo sentir. El fascismo todavía no ha logrado ganarse a la antigua burocracia. En el ejército también hay fricciones entre los viejos oficiales y los nuevos líderes fascistas. Las diferencias entre los diversos partidos políticos están creciendo. La resistencia contra el fascismo está aumentando en todo el país. El antagonismo de clases comienza a per-

mear incluso dentro de las filas fascistas. Los fascistas no consiguen cumplir las promesas que hicieron a los trabajadores y a los sindicatos fascistas. Los recortes salariales y los despidos están a la orden del día. Así, ya una hubo una primera protesta contra el movimiento sindical fascista dentro de las filas de los propios fascistas. Los trabajadores pronto volverán a luchar por sus intereses y deberes de clase. No debemos ver al fascismo como una fuerza unificada capaz de repeler nuestro ataque. Es sobre todo una formación que comprende muchos elementos antagónicos, y será desintegrada por dentro. Sería peligroso, sin embargo, suponer que la desintegración ideológica y política del fascismo en Italia será seguida inmediatamente por su desintegración militar. Por el contrario, debemos de estar preparados para cuando el fascismo intente sobrevivir por métodos terroristas. Es por eso que los trabajadores revolucionarios italianos deben de estar preparados para las más serias luchas. Sería una gran calamidad si nos conformáramos con el papel de espectadores durante ese proceso de desintegración. Es nuestro deber acelerar este proceso por todos los medios a nuestra disposición. Éste no sólo es deber del proletariado italiano, también es deber del proletariado alemán frente al fascismo de su país.

Además de Italia, el fascismo es también fuerte en Alemania. Como consecuencia del resultado de la guerra y del fracaso de la revolución, la economía

capitalista en Alemania es débil, en ningún otro país el contraste entre la madurez objetiva de la revolución y la falta de preparación subjetiva de la clase trabajadora es tan grande como lo es ahora mismo en Alemania. En ningún otro país los reformistas fracasaron tan ignominiosamente como en Alemania. Y su fracaso es más criminal que el fracaso de cualquier otro partido de la vieja Internacional, porque son ellos quienes deberían haber conducido la lucha por la emancipación del proletariado por medios absolutamente diferentes, especialmente en el país donde las organizaciones de la clase obrera eran más organizadas y más antiguas que en cualquier otro lugar.

Estoy firmemente convencida de que ni en los Tratados de Paz ni en la ocupación de Ruhr dieron tanto impulso al fascismo en Alemania como la toma del poder por Mussolini. Eso envalentonó a los fascistas alemanes. El colapso del fascismo en Italia desalentaría en grandes proporciones a los fascistas de Alemania. No debemos olvidar una cosa: el prerrequisito para derribar al fascismo en el exterior es el derrumbe del fascismo en todos los países por el proletariado de sus respectivos países. Cabe a nosotros superar al fascismo ideológica y políticamente. Eso nos impone enormes tareas.

Debemos entender que el fascismo es un movimiento de los decepcionados y de aquellos cuya existencia está arruinada. Por lo tanto, debemos es-

forzarnos para conquistar o neutralizar a aquellas masas que ahora están en el campo fascista. Quiero enfatizar la importancia de luchar ideológicamente por los corazones y mentes de esas masas. Debemos entender que ellos no sólo intentan escapar de sus padecimientos actuales, sino que también ansían una nueva filosofía.

Debemos salir de los límites estrechos de nuestra actividad actual. La Tercera Internacional es, en contraste con la vieja Internacional, una Internacional de todas las razas sin distinciones. Los Partidos Comunistas no deben ser sólo la vanguardia de los proletarios del trabajo manual, sino también los enérgicos defensores de los intereses de los trabajadores del cerebro. Debemos dirigir a todos los sectores de la sociedad que se ven obligados a oponerse a la dominación burguesa en nombre de sus intereses y expectativas de futuro. Me alegra por tanto la propuesta que hizo el camarada Zinóviev (hablando en una sesión del Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional comunista en junio de este año) de asumir la lucha por el gobierno de los obreros y los campesinos. Me alegró mucho leer eso. Esta nueva consigna tiene un gran significado para todos los países. No podemos descartar esto en la lucha contra el fascismo. Significa que la salvación de las grandes masas del pequeño campesinado se alcanzará a través del comunismo. No nos debemos limitar a continuar luchando por

nuestro programa político y económico. Debemos, al mismo tiempo, familiarizar a las masas con los ideales del comunismo como filosofía. Si hiciéramos esto, mostraríamos el camino hacia una nueva filosofía a todos aquellos que perdieron el rumbo durante los acontecimientos históricos de los últimos tiempos. La condición necesaria para eso es que, al acercarnos a esas masas, también nos desarrollemos organizativamente como partido, con una unidad completamente sólida; si no lo hacemos, corremos el riesgo de caer en el oportunismo y la escisión. Debemos adaptar nuestros métodos de trabajo a las nuevas tareas y hablar con las masas en un lenguaje que ellas puedan entender, sin perjudicar nuestras ideas. Así, la lucha contra el fascismo trae una serie de nuevas tareas.

Es responsabilidad de todos los partidos realizar esta tarea enérgicamente según la situación de sus respectivos países. Sin embargo, debemos tener en mente que no es suficiente superar al fascismo ideológica y políticamente: la posición del proletariado en relación al fascismo es, actualmente, de autodefensa. Esta autodefensa del proletariado debe convertirse en una lucha por su existencia y por su organización.

El proletariado debe de tener un aparato bien organizado de autodefensa. Siempre que el fascismo use la violencia, debe enfrentársele con la violencia proletaria. No me refiero a esos actos terroristas

individuales, sino a la violencia de la lucha de clases revolucionaria organizada del proletariado. En Alemania se dio el primer paso con la creación de las “centurias” fabriles. Esa lucha sólo puede ser exitosa si hay un proletario unido. Los trabajadores deben unirse a esa lucha, independientemente del partido al que pertenezcan. La autodefensa del proletariado es uno de los mayores incentivos para el establecimiento del frente único del proletariado. Solamente inculcando la consciencia de clase en el alma de todo trabajador conseguiremos preparar también la derrota militar del fascismo, que en la actual etapa es sumamente necesaria. Si logramos esto, podemos tener la certeza de que en breve le llegará su hora al sistema capitalista y al poder burgués, independientemente del éxito que haya tenido la ofensiva general de la burguesía contra el proletariado. Las señales de desintegración, tan palpables ante nuestros ojos, nos dan la convicción de que el gigante proletario volverá a participar en la lucha revolucionaria, y que su grito al mundo burgués será: ¡Yo soy la fuerza, yo soy la voluntad, en mí ves el futuro!

¿QUÉ ES EL NACIONAL SOCIALISMO?

LEÓN TROTSKY

(1933)

Los espíritus ingenuos piensan que el título de rey reside en el rey mismo, en su capa de armiño y en su corona, en su carne y en sus huesos. En realidad, el título de rey es una interrelación entre individuos. El rey es rey sólo porque los intereses y prejuicios de millones de personas se reflejan a través de su persona. Cuando el flujo del desarrollo barre esas interrelaciones, el rey parece ser solamente un hombre gastado, con un labio inferior flácido. Aquél que en otro tiempo se llamó Alfonso XIII podría hablarnos sobre esto de sus frescas impresiones.

El jefe por la voluntad del pueblo se diferencia del jefe por la voluntad de Dios en que el primero está obligado a despejarse el camino o, por lo menos, a ayudar a las circunstancias para que se lo despejen. Sin embargo, el jefe es siempre una relación entre individuos, la oferta individual para satisfacer la demanda

colectiva. La controversia sobre la personalidad de Hitler se hace tanto más agria cuanto más se busca en él mismo el secreto de su triunfo. Entretanto, sería difícil encontrar otra figura política que sea, en la misma medida, el punto de convergencia de fuerzas históricas anónimas. No todo pequeño burgués exasperado podía haberse convertido en Hitler, pero en cada pequeño burgués exasperado hay una partícula de Hitler.

El rápido crecimiento del capitalismo alemán antes de la Primera Guerra Mundial no significó de ningún modo la simple destrucción de las clases medias. Aunque arruinó algunas capas de la pequeña burguesía, creó otras nuevas: alrededor de las fábricas, artesanos y tenderos; dentro de las fábricas, técnicos y ejecutivos. Pero aun cuando se mantenían e incluso crecían numéricamente, la vieja y la nueva pequeña burguesía constituyen poco menos de la mitad de la nación alemana; las clases medias han perdido el último vestigio de independencia. Viven en la periferia de la gran industria y del sistema bancario, y viven de las migajas que caen de la mesa de los monopolios y cárteles, y de las limosnas de sus teóricos y políticos profesionales.

La derrota de 1918 levantó un muro en el camino del imperialismo alemán. La dinámica exterior se convirtió en dinámica interior. La guerra se convirtió en revolución. La socialdemocracia, que ayudó

a los Hohenzollern a llevar la guerra hasta su trágico final, no permitió al proletariado llevar la revolución hasta el final. La democracia de Weimar dedicó catorce años a justificar su propia existencia con interminables excusas. El partido comunista llamó a los obreros a una nueva revolución, pero se mostró incapaz de dirigirla. El proletariado alemán atravesó el ascenso y el hundimiento de la guerra, de la revolución, del parlamentarismo y del pseudo-bolchevismo. En el momento en que los antiguos partidos de la burguesía se habían agotado por completo, la fuerza dinámica de la clase obrera también se encontró minada.

El caos de la posguerra golpeó a los artesanos, comerciantes y funcionarios no menos cruelmente que a los obreros. La crisis económica de la agricultura arruinaba al campesinado. La decadencia de los estratos medios no significaba que se convirtieran en proletarios, tanto más cuanto que el proletariado mismo estaba arrojando un ejército gigantesco de parados crónicos. La pauperización de la pequeña burguesía, apenas disimulada por las corbatas y calcetines de seda sintética, erosionó todos los credos oficiales y, ante todo, la doctrina del parlamentarismo democrático.

La multiplicidad de partidos, la fiebre helada de las elecciones, los interminables cambios de gobierno agravaban la crisis social mediante un caleidoscopio de combinaciones políticas estériles. En la atmósfera puesta al rojo vivo por la guerra, la derrota,

las reparaciones, la inflación, la ocupación del Ruhr, la crisis, la necesidad y la desesperanza, la pequeña burguesía se levantó contra todos los viejos partidos que la habían embaucado. Los profundos agravios de los pequeños propietarios siempre próximos a la quiebra, de sus hijos universitarios sin empleos ni clientes, de sus hijas sin dotes ni pretendientes, exigían orden y mano de hierro.

La bandera del nacionalsocialismo fue levantada desde el comienzo por los cuadros medios y subalternos del antiguo ejército. Cubiertos de medallas por sus servicios señalados, los oficiales, en activo o retirados, no podían entender que su heroísmo y sus sufrimientos por la patria no sólo se hubieran malogrado, sino que tampoco les dieran un derecho especial al reconocimiento. De ahí su odio a la revolución y al proletariado. Al mismo tiempo, no querían conformarse a ser relegados por los banqueros, industriales y ministros a los modestos empleos de tenderos, ingenieros, empleados de correos y maestros. De ahí su “socialismo”. En el Yser y en Verdún, habían aprendido a arriesgar su vida y la de los demás y a hablar el lenguaje de mando, que intimidaba poderosamente a los pequeños burgueses de la retaguardia. De este modo, esos individuos se convirtieron en dirigentes.

Al comienzo de su carrera política, Hitler resistió sólo a causa de su gran temperamento, de una voz más fuerte que la de los otros, y una mediocridad

intelectual mucho más autosuficiente. No puso en marcha ningún programa acabado, si se descarta la sed de venganza del soldado. Hitler empezó con ofensas y quejas sobre los términos de Versalles, el elevado coste de la vida, la falta de respeto hacia el digno oficial retirado, y las intrigas de los banqueros y periodistas del credo de Moisés. El país estaba lleno de gente arruinada, anegada, con cicatrices y heridas recientes. Todos ellos querían aporrear la mesa con su puño. Hitler podía hacerlo mejor que los demás. Ciertamente, no sabía cómo curar el mal. Pero sus arengas resonaban a veces como órdenes, a veces como ruegos dirigidos a un destino inexorable. Las clases condenadas, como los enfermos incurables, no se cansan de hacer variaciones sobre sus quejas ni de escuchar consuelo. Todos los discursos de Hitler armonizaban con este tono. Un sentimentalismo informe, una ausencia de pensamiento disciplinado, una ignorancia pareja a una erudición desordenada: todos estos menos se convirtieron en más. Le proporcionaron la posibilidad de unificar todos los tipos de descontento en el crisol de mendigo del nacionalsocialismo, y de dirigir a la masa en la dirección en que aquélla le empujaba. En la memoria del agitador se conservaba, de entre todas sus primeras improvisaciones, aquello que había encontrado aprobación. Sus ideas políticas fueron fruto de una acústica oratoria. Así es como se realizó la selección de consignas. Así es como se con-

solidó el programa. Así es como de la materia prima tomó forma el “jefe”.

Mussolini, desde el comienzo mismo, reaccionó más conscientemente ante los materiales sociales que Hitler, mucho más próximo al misticismo policiaco de Metternich que al álgebra política de Maquiavelo. Intelectualmente, Mussolini es más audaz y más cínico. Puede decirse que el ateo romano sólo utiliza la religión de la misma forma que la policía y los tribunales, en tanto que su colega berlinés cree realmente en la infalibilidad de la Iglesia de Roma. Durante la época en que el futuro dictador italiano consideraba a Marx como “nuestro común maestro inmortal”, defendía, no sin habilidad, la teoría que contempla en la vida de la sociedad contemporánea ante todo la acción recíproca de dos clases, la burguesía y el proletariado. Ciertamente, escribía Mussolini en 1914, entre ellas hay numerosas capas intermedias que aparentemente constituyen “un tejido conjuntivo del colectivo humano”; pero “durante los periodos de crisis, las clases intermedias gravitan, según sus ideas e intereses, hacia una u otra de las clases fundamentales”. ¡Una muy importante generalización! Igual que la medicina científica proporciona no sólo la posibilidad de curar al enfermo, sino de enviar al sano a reunirse con sus antepasados por el camino más corto, así el análisis científico de las relaciones de clase, predestinado por su creador a la movilización del proletariado, permitió a Mussolini, después de haber

saltado al campo opuesto, movilizar a las clases medias contra el proletariado. Hitler realizó la misma proeza al traducir la metodología del fascismo al lenguaje del misticismo alemán.

Las hogueras en que arde la impía literatura del marxismo iluminan radiantemente la naturaleza de clase del nacionalsocialismo. Aun cuando los nazis actuaban como partido y no como poder estatal, no pudieron acercarse en absoluto a la clase obrera. Por otra parte, la gran burguesía, incluso aquélla que apoyó a Hitler financieramente, no los considera como su partido. El “renacimiento” nacional descansa por completo en las clases medias, la parte más atrasada de la nación, el pesado lastre de la historia. El arte político consiste en fundir la unidad de la pequeña burguesía mediante su hostilidad común hacia el proletariado. ¿Qué hay que hacer para mejorar las cosas? Ante todo, aplastar a los que están abajo. Impotente ante el gran capital, la pequeña burguesía espera reconquistar en el futuro su dignidad social con la ruina de los obreros.

Los nazis califican su golpe con el nombre usurpado de revolución. En realidad, en Alemania lo mismo que en Italia, el fascismo deja intocado el sistema social. Tomado en sí mismo, el golpe de Hitler no tiene derecho siquiera al nombre de contrarrevolución. Pero no se puede considerar como un acontecimiento aislado; es la conclusión de un ciclo de golpes que empezaron

en Alemania en 1918. La revolución de Noviembre, que dio el poder a los soviets obreros y campesinos, fue proletaria en su tendencia fundamental. Pero el partido que estaba al frente del proletariado devolvió el poder a la burguesía. En este sentido, la socialdemocracia abrió la era de la contrarrevolución antes de que la revolución pudiera acabar su labor. Sin embargo, en tanto la burguesía dependía de la socialdemocracia, y, consecuentemente, de los obreros, el régimen conservó elementos de compromiso. A pesar de que la situación interior e internacional no dejaba al capitalismo alemán más lugar para concesiones. Mientras la socialdemocracia salvaba a la burguesía de la revolución proletaria, el fascismo vino a su vez a liberar a la burguesía de la socialdemocracia. El golpe de Hitler es sólo el eslabón final de la cadena de cambios contrarrevolucionarios.

La pequeña burguesía es hostil a la idea de desarrollo, puesto que el desarrollo avanza contra ella; el progreso no le ha traído más que deudas irredimibles. El nacionalsocialismo no sólo rechaza el marxismo, sino también al darwinismo. Los nazis reniegan del materialismo porque las victorias de la tecnología sobre la naturaleza han significado el triunfo del gran capital sobre el pequeño. Los dirigentes del movimiento eliminan el “intelectualismo” porque ellos mismos poseen inteligencias de segundo y tercer orden, y, sobre todo, porque su papel histórico no les

permite llevar ni una sola idea hasta su conclusión. La pequeña burguesía necesita una autoridad superior, que esté por encima de lo material y de la historia, y que esté a salvo de la competencia, de la inflación, de las crisis y de las subastas. A la evolución, al pensamiento materialista y al racionalismo de los siglos veinte, diecinueve y dieciocho, se contrapone en su mente el idealismo nacional como la fuente de inspiración heroica. La nación de Hitler es una sombra mitológica de la pequeña burguesía misma, un delirio patético de un Reich milenario.

Para elevarla por encima de la historia, a la nación se le da el apoyo de la raza. La historia se contempla como la emanación de la raza. Las cualidades de la raza son construidas sin relación con las condiciones sociales cambiantes. Al rechazar el “pensamiento económico” como ruin, el nacionalsocialismo desciende un escalón más abajo: del materialismo económico recurre al materialismo zoológico.

La teoría de la raza, creada especialmente, parece, para algunos pretenciosos autodidactas que buscan una llave universal para todos los secretos de la vida, particularmente lúgubre a la luz de la historia de las ideas. Para crear la religión de la pura sangre alemana, Hitler se vio obligado a tomar prestadas de segunda mano las ideas racistas de un francés, el conde Gobineau, diplomático y escritor diletante. Hitler encontró la metodología política confeccionada en

Italia, donde Mussolini había tomado prestado ampliamente de la teoría marxista de la lucha de clases. El marxismo mismo es fruto de la unión de la filosofía alemana, la historia francesa y la economía inglesa. Si se investiga retrospectivamente la genealogía de las ideas, incluso de las más reaccionarias y estúpidas, no queda en pie ni rastro de racismo.

La enorme indigencia de la filosofía nacionalsocialista no impidió, por supuesto, a las ciencias académicas entrar en pos de Hitler con todas las velas desplegadas, una vez que su victoria fue suficientemente palpable. Para la mayoría de la canalla profesoral, los años del régimen de Weimar fueron tiempo de desorden e inquietud. Historiadores, economistas, juristas y filósofos se perdieron en conjeturas sobre cuál de los criterios de verdad enfrentados era cierto, es decir, cuál de los dos campos resultaría al final dueño de la situación. La dictadura fascista disipa las dudas de los Faustos y las vacilaciones de los Hamlets de las tribunas de la universidad. Saliendo del crepúsculo de la relatividad parlamentaria, el conocimiento retorna de nuevo al reino de los absolutos. Einstein ha sido obligado a buscar refugio fuera de las fronteras de Alemania.

En el plano de la política, el racismo es una variedad superficial y altisonante de chovinismo asociado a la frenología. Así como la nobleza arruinada busca consuelo en la aristocracia de su sangre, la pequeña

burguesía pauperizada se embriaga con cuentos sobre las superioridades especiales de su raza. Es digno de atención el hecho de que los dirigentes del nacionalso-cialismo no son nativos de Alemania, sino originarios de Austria, como el mismo Hitler; de las antiguas provincias bálticas del imperio del zar, como Rosenberg; y de los países coloniales, como Hess, que es el suplente actual de Hitler en la dirección del partido. Fue preciso un estrépito bárbaro de nacionalismo en los límites de la civilización para imbuir en sus “líderes” las ideas que más tarde hallaron respuesta en los corazones de las clases más bárbaras de Alemania.

La individualidad y la clase el liberalismo y el marxismo son el mal. La nación, el bien. Pero en el umbral de la propiedad privada, esta filosofía se convierte en su opuesta. La salvación reside sólo en la propiedad privada individual. La idea de la propiedad nacional es el fruto del bolchevismo. Divinizando la nación, la pequeña burguesía no quiere entregarle nada. Por el contrario, espera que la nación le regale la propiedad y le proteja del obrero y del alguacil. Desgraciadamente, el Tercer Reich no va a regalar nada a la pequeña burguesía, excepto nuevos impuestos.

En la esfera de la economía moderna, internacional en sus lazos y anónima en sus métodos, el principio de la raza parece desenterrado de un cementerio medieval. Los nazis realizan concesiones por adelantado; la pureza de la raza, que tiene que ser certificada

en el reino de espíritu por un pasaporte, tiene que ser demostrada en la esfera de la economía mediante la eficacia. Bajo las condiciones actuales, esto significa la capacidad competitiva. Por la puerta trasera, el racismo vuelve al liberalismo económico, desprendido de las libertades políticas.

El racionalismo en economía desciende en la práctica a las explosiones impotentes, aunque brutales, del antisemitismo. Los nazis apartan del sistema económico moderno al usurero o al capital bancario porque es el espíritu del mal; y, como es bien sabido, es precisamente en esta esfera donde la burguesía judía ocupa una posición importante. Inclinandose ante el capitalismo en su conjunto, la pequeña burguesía declara la guerra contra el mal espíritu del lucro en forma de judío polaco, con un largo caftán, y por lo general sin un céntimo en su bolsillo. El *progrom* se vuelve la evidencia suprema de la superioridad racial.

El programa con que el nacionalsocialismo llegó al poder recuerda mucho ¡ay! el almacén judío de una provincia retirada. ¡Aquí encuentras todo lo que buscas, a bajo precio y de calidad aún más baja! Recuerdos de los días “felices” de la libre competencia, y evocaciones nebulosas de la estabilidad de la sociedad sin clases; esperanzas en el renacimiento del imperio colonial, sueños de una economía autárquica; frases sobre el retorno de la ley romana a la germánica, y proclamaciones sobre una moratoria americana una

hostilidad envidiosa hacia la desigualdad en la persona del propietario de un coche, y un temor animal a la igualdad en la persona de un obrero con gorra y sin cuello duro; el desenfreno del nacionalismo, y el temor a los acreedores mundiales... todo el rechazo del pensamiento político internacional han ido a llenar el tesoro espiritual del nuevo mesianismo germánico.

El fascismo ha hecho accesible la política a los bajos fondos de la sociedad. En la actualidad, no sólo en los hogares campesinos, sino también en los rascacielos urbanos, viven conjuntamente los siglos veinte y diez o trece. Cien millones de personas utilizan la electricidad y todavía creen en el poder mágico de gestos y exorcismos. El papa de Roma siembra por la radio la milagrosa transformación del agua en vino. Los astros del cine van a los *mediums*. Los aviadores que pilotan milagrosos mecanismos creados por el genio del hombre utilizan amuletos en sus ropas. ¡Qué reservas inagotables de oscurantismo, ignorancia y barbarie! La desesperación los ha puesto en pie, el fascismo les ha dado una bandera. Todo lo que debía de haberse eliminado del organismo nacional en forma de excremento cultural en el curso del desarrollo normal de la sociedad, lo arroja por la boca; ahora la sociedad capitalista vomita la barbarie no digerida. Tal es la fisiología del nacionalsocialismo.

El fascismo alemán, como el italiano, se elevó al poder sobre las espaldas de la pequeña burguesía,

que se convirtió en un ariete contra las organizaciones de la clase obrera y las instituciones de la democracia. Pero el fascismo en el poder es, menos que nada, el gobierno de la pequeña burguesía. Por el contrario, es la dictadura más despiadada del capital monopolista. Mussolini tiene razón: las clases medias son incapaces de políticas independientes. Durante períodos de grandes crisis son llamadas a seguir hasta el absurdo la política de una de las dos clases fundamentales. El fascismo logró ponerlas al servicio del capital. Consignas tales como el control estatal de los *trusts* y la supresión de los ingresos no provenientes del trabajo fueron arrojadas por la borda inmediatamente después de la toma del poder. En su lugar, el particularismo de las “tierras” alemanas, que se apoyaba en las peculiaridades de la pequeña burguesía, dejó paso al centralismo capitalista policiaco. Cualquier éxito de la política interior o exterior del nacionalsocialismo significará inevitablemente el ulterior aplastamiento del pequeño capital por el grande.

El programa de las ilusiones pequeñoburguesas no puede descartarse; está sencillamente desgarrado de la realidad y disuelto en actos rituales. La unificación de todas las clases se reduce al trabajo obligatorio semi-simbólico y a la confiscación del Primero de Mayo en “beneficio del pueblo”. El mantenimiento de la escritura gótica contra la latina es una venganza simbólica por el yugo del mercado mundial.

La dependencia de los banqueros internacionales, entre ellos numerosos judíos, no disminuye ni un ápice, por lo que está prohibido matar animales según el ritual talmúdico. Si el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, las avenidas del Tercer Reich están empedradas de símbolos.

Al reducir el programa de las ilusiones pequeño-burguesas a una pura mascarada burocrática, el nacionalsocialismo se eleva por encima de la nación como la peor forma de imperialismo. Son absolutamente vanas las esperanzas de que el gobierno de Hitler caerá hoy o mañana, víctima de su incoherencia interna. Los nazis necesitaban un programa para tomar el poder; pero el poder no sirve en modo alguno a Hitler para realizar el programa. Sus tareas le son asignadas por el capital monopolista. La concentración compulsiva de todas las fuerzas y recursos del pueblo en interés del imperialismo, la verdadera misión histórica de la dictadura fascista, significa la preparación para la guerra; y esta tarea, a su vez, no tolera ninguna resistencia interna y conduce a una posterior concentración mecánica de poder. El fascismo no puede ser reformado ni apartado del servicio. Sólo puede ser derrocado. La órbita política del régimen descansa en la alternativa: guerra o revolución.

Postdata, octubre de 1933

Se aproxima el primer aniversario de la dictadura nazi. Todas las tendencias del régimen han tenido tiempo de asumir un carácter claro y preciso. La revolución “socialista” presentada a las masas pequeño burguesas como complemento necesario a la revolución nacional está condenada y liquidada oficialmente. La fraternidad de las clases encontró su punto culminante en el hecho de que, un día especialmente señalado por el gobierno, los poseedores renuncian a los entremeses y al postre en favor de los no poseedores. La lucha contra el paro se reduce a dividir por dos la semirración de hambre. El resto es tarea de la estadística uniforme. La autarquía “planificada” es simplemente una nueva fase de la desintegración económica.

Cuanto más impotente es el régimen policiaco de los nazis en el terreno de la economía nacional, más obligada se ve a desplazar sus esfuerzos al terreno de la política exterior. Esto corresponde plenamente a la dinámica interna del capitalismo alemán, agresivo de pies a cabeza. El viraje repentino de los dirigentes nazis a declaraciones de paz sólo puede embaucar a los sumos bobalicones. ¿Qué otro método queda a disposición de Hitler sino trasladar la responsabilidad de los aprietos interiores a los enemigos externos y acumular bajo la prensa de la dictadura la fuerza explosiva del nacionalismo? Esta parte del programa, subrayada

abiertamente incluso antes de la toma del poder por los nazis, está ahora llevándose a cabo con una lógica inflexible a los ojos de todo el mundo. La fecha de la nueva catástrofe europea la determinará el tiempo necesario para el armamento de Alemania. No es cuestión de meses, pero tampoco de décadas. Pasarán, no obstante, algunos años antes de que Europa se sumerja de nuevo en una guerra, a menos que las fuerzas internas de Alemania se anticipen a Hitler a tiempo.

CINCO DIFICULTADES PARA DECIR LA VERDAD

BERTOLDT BRECHT

(1934)

El que quiera luchar hoy contra la mentira y la ignorancia y escribir la verdad, tendrá que vencer por lo menos cinco dificultades. Tendrá que tener el valor de escribir la verdad, aunque se le desfigure por doquier; la inteligencia necesaria para descubrirla, el arte de hacerla manejable como un arma y el discernimiento indispensable para difundirla.

Tales dificultades son enormes para los que escriben bajo el fascismo, pero también para los exiliados y los expulsados, y para los que viven en las democracias burguesas.

I. El valor de escribir la verdad

Para mucha gente es evidente que el escritor debe escribir la verdad, es decir, no debe rechazarla ni ocultarla, ni deformarla. No debe doblegarse ante los po-

derosos, no debe engañar a los débiles. Pero es difícil resistir a los poderosos y muy provechoso engañar a los débiles. Incurrir en la desgracia ante los poderosos equivale a la renuncia, y renunciar al trabajo es renunciar al salario. Renunciar a la gloria de los poderosos significa frecuentemente renunciar a la gloria en general. Para todo ello se necesita mucho valor.

Cuando impera la represión más feroz, gusta hablar de cosas grandes y nobles. Es entonces cuando se necesita valor para hablar de las cosas pequeñas y vulgares, como la alimentación y la vivienda de los obreros. Por doquier aparece la consigna: “No hay pasión más noble que el amor al sacrificio”.

En lugar de entonar ditirambos sobre el campesino hay que hablar de máquinas y de abonos que facilitarían el trabajo que se ensalza. Cuando se clama por todas las antenas que el hombre inculto e ignorante es mejor que el hombre cultivado e instruido, hay que tener valor para plantearse el interrogante: ¿Mejor para quién? Cuando se habla de razas perfectas y razas imperfectas, el valor está en decir: ¿Es que el hambre, la ignorancia y la guerra no crean taras?

También se necesita valor para decir la verdad sobre sí mismo cuando se es un vencido. Muchos perseguidos pierden la facultad de reconocer sus errores; la persecución les parece la injusticia suprema; los verdugos persiguen, luego son malos; las víctimas se consideran perseguidas por su bondad. En realidad

esa bondad ha sido vencida. Por consiguiente, era una bondad débil e impropia, una bondad incierta, pues no es justo pensar que la bondad implica la debilidad, como la lluvia la humedad. Decir que los buenos fueron vencidos, no porque eran buenos, sino porque eran débiles, requiere cierto valor.

Escribir la verdad es luchar contra la mentira, pero la verdad no debe ser algo general, elevado y ambiguo, pues son éstas las brechas por donde se desliza la mentira. El mentiroso se reconoce por su afición a las generalidades, como el hombre verídico por su vocación a las cosas prácticas, reales, tangibles. No se necesita un gran valor para deplorar en general la maldad del mundo y el triunfo de la brutalidad, ni para anunciar con estruendo el triunfo del espíritu en países donde éste es todavía concebible. Muchos se creen apuntados por cañones cuando solamente gemelos de teatro se orientan hacia ellos. Formulan reclamaciones generales en un mundo de amigos inofensivos y reclaman una justicia general por la que no han combatido nunca. También reclaman una libertad general: la de seguir percibiendo su parte habitual del botín. En síntesis, sólo admiten una verdad: la que les suena bien.

Pero si la verdad se presenta bajo una forma seca, en cifras y en hechos, y exige ser confirmada, ya no sabrán qué hacer. Tal verdad no los exalta. Del hombre veraz sólo tienen la apariencia. Su gran desgracia es que no conocen la verdad.

II. La inteligencia necesaria para descubrir la verdad

Tampoco es fácil descubrir la verdad. Por lo menos la que es fecunda. Así, según opinión general, los grandes Estados caen uno tras otro en la barbarie extrema. Y una guerra intestina que se desarrolla implacablemente puede degenerar en cualquier momento en un conflicto generalizado que convertiría nuestro continente en un montón de ruinas. Evidentemente, se trata de verdades. No se puede negar que llueve hacia abajo: numerosos poetas escriben verdades de este género. Son como el pintor que cubría de frescos las paredes de un barco que se estaba hundiendo. Haber resuelto nuestra primera dificultad les procura una cierta dificultad de conciencia. Es cierto que no se dejan engañar por los poderosos, pero ¿escuchan los gritos de los torturados? No; pintan imágenes. Esta actitud absurda les sume en un profundo desconcierto, del que no dejan de sacar provecho; en su lugar, otros buscarían las causas. No creáis que es cosa fácil distinguir sus verdades de las vulgaridades referentes a la lluvia; al principio parecen importantes, pues la operación artística consiste precisamente en dar importancia a algo. Pero mirad la cosa de cerca: os daréis cuenta que no dejan de decir: no se puede impedir que llueva hacia abajo.

También están los que por falta de conocimientos no llegan a la verdad. Y, sin embargo, distin-

guen las tareas urgentes y no temen a los poderosos ni a la miseria. Pero viven de antiguas supersticiones, de axiomas célebres a veces muy bellos. Para ellos el mundo es demasiado complicado: se contentan con conocer los hechos e ignorar las relaciones que existen entre ellos.

Me permito decir a todos los escritores de esta época confusa y rica en transformaciones que hay que conocer el materialismo dialéctico, la economía y la historia. Tales conocimientos se adquieren en los libros y en la práctica si no falta la necesaria aplicación. Es muy sencillo descubrir fragmentos de verdad, e incluso verdades enteras. El que busca necesita un método, pero se puede encontrar sin método, e incluso sin objeto que buscar. Sin embargo, ciertos procedimientos pueden dificultar la explicación de la verdad: los que la lean serán incapaces de transformar esa verdad en acción. Los escritores que se contentan con acumular pequeños hechos no sirven para hacer manejables las cosas de este mundo. Pues bien, la verdad no tiene otra ambición. Por consiguiente, esos escritores no están a la altura de su misión.

III. El arte de hacer la verdad manejable como arma

La verdad debe decirse pensando en sus consecuencias sobre la conducta de los que la reciben.

Hay verdades sin consecuencias prácticas. Por ejemplo, esa opinión tan extendida sobre la bar-

barie: el fascismo sería debido a una oleada de barbarie que se ha abatido sobre varios países, como una plaga natural. Así, al lado y por encima del capitalismo y del socialismo habría nacido una tercera fuerza: el fascismo. Para mí, el fascismo es una fase histórica del capitalismo, y, por consiguiente, algo muy nuevo y muy viejo. En un país fascista el capitalismo existe solamente como fascismo. Combatirlo es combatir el capitalismo, y bajo su forma más cruda, más insolente, más opresiva, más engañosa.

Entonces, ¿de qué sirve decir la verdad sobre el fascismo que se condena si no se dice nada contra el capitalismo que lo origina? Una verdad de este género no reporta ninguna utilidad práctica.

Estar contra el fascismo sin estar contra el capitalismo, rebelarse contra la barbarie que nace de la barbarie, equivale a reclamar una parte del ternero y oponerse a sacrificarlo.

Los demócratas burgueses condenan con énfasis los métodos bárbaros de sus vecinos, y sus acusaciones impresionan tanto a sus auditorios que estos olvidan que tales métodos se practican también en sus propios países.

Ciertos países logran todavía conservar sus formas de propiedad gracias a medios menos violentos que otros. Sin embargo, los monopolios capitalistas originan por doquier condiciones bárbaras en las fábricas, en las minas y en los campos. Pero mientras

que las democracias burguesas garantizan a los capitalistas, sin recurso a la violencia, la posesión de los medios de producción, la barbarie se reconoce en que los monopolios sólo pueden ser defendidos por la violencia declarada.

Ciertos países no tienen necesidad, para mantener sus monopolios bárbaros, de destruir la legalidad instituida, ni su confort cultural (filosofía, arte, literatura); de ahí que acepten perfectamente oír a los exiliados alemanes estigmatizar su propio régimen por haber destruido esas comodidades. A sus ojos, es un argumento suplementario en favor de la guerra.

¿Puede decirse que respetan la verdad los que gritan: “¡Guerra sin cuartel a Alemania, que es hoy la verdadera patria del ‘mal’, la antesala del infierno, el trono del anticristo!” No. Los que gritan así son tontos, gente impotente y peligrosa. Sus discursos tienden a la destrucción de un país, de un país entero con todos sus habitantes, pues los gases asfixiantes no perdonan a los inocentes.

Los que ignoran la verdad se expresan de un modo superficial, general e impreciso. Peroran sobre “el alemán”, estigmatizan el “mal”, y sus auditorios se interrogan: ¿Debemos dejar de ser alemanes? ¿Bastará con que seamos buenos para que el infierno desaparezca? Cuando manejan sus tópicos sobre la barbarie salida de la barbarie resultan impotentes para suscitar la acción. En realidad, no se dirigen a nadie. Para

terminar con la barbarie se contentan con predicar la mejora de las costumbres mediante el desarrollo de la cultura. Eso equivale a limitarse a aislar algunos eslabones en la cadena de las causas y a considerar como potencias irremediables ciertas fuerzas determinantes, mientras que se dejan en la oscuridad las fuerzas que preparan las catástrofes. Un poco de luz y los verdaderos responsables de las catástrofes aparecen claramente: los hombres. Vivimos una época en que el destino del hombre es el hombre.

El fascismo no es una plaga que tendría su origen en la “naturaleza” del hombre. Por lo demás, es un modo de presentar las catástrofes naturales que restituyen al hombre su dignidad porque se dirigen a su fuerza combativa.

El que quiera describir el fascismo y la guerra, grandes desgracias, pero no calamidades “naturales”, debe hablar un lenguaje práctico: mostrar que esas desgracias son un efecto de la lucha de clases; poseedores de medios de producción contra masas obreras. Para presentar verídicamente un estado de cosas nefasto, mostrad que tiene causas remediables. Cuando se sabe que la desgracia tiene un remedio, es posible combatirla.

IV. Cómo saber a quién confiar la verdad

Un hábito secular, propio del comercio de la cosa escrita, hace que el escritor no se ocupe de la difusión de

sus obras. Se figura que su editor, u otro intermediario, las distribuye a todo el mundo. Y se dice: yo hablo, y los que quieren entenderme, me entienden. En la realidad, el escritor habla, y los que pueden pagar, lo entienden. Sus palabras jamás llegan a todos, y los que las escuchan no quieren entenderlo todo.

Sobre esto se han dicho ya muchas cosas, pero no las suficientes. Transformar la “acción de escribir a alguien” en “acto de escribir” es algo que me parece grave y nocivo. La verdad no puede ser simplemente escrita; hay que escribirla a alguien. A alguien que sepa utilizarla. Los escritores y los lectores descubren la verdad juntos.

Para ser revelado, el bien sólo necesita ser bien escuchado, pero la verdad debe ser dicha con astucia y comprendida del mismo modo. Para nosotros, escritores, es importante saber a quién la decimos y quién nos la dice; a los que viven en condiciones intolerables debemos decirles la verdad sobre esas condiciones, y esa verdad debe venirnos de ellos. No nos dirijamos solamente a las gentes de un solo sector: hay otros que evolucionan y se hacen susceptibles de entendernos. Hasta los verdugos son accesibles, con tal que comiencen a temer por sus vidas. Los campesinos de Baviera, que se oponían a todo cambio de régimen, se hicieron permeables a las ideas revolucionarias cuando vieron que sus hijos, al volver de una larga guerra, quedaban reducidos al paro forzoso.

La verdad tiene un tono. Nuestro deber es encontrarlo. Ordinariamente se adopta un tono suave y dolorido: “Yo soy incapaz de hacer daño a una mosca”. Esto tiene la virtud de hundir en la miseria a quien lo escucha. No trataremos como enemigos a quienes emplean este tono, pero no podrán ser nuestros compañeros de lucha. La verdad es de naturaleza guerrera, y no sólo es enemiga de la mentira, sino de los embusteros.

V. Proceder con astucia para difundir la verdad

Orgullosos de su valor para escribir la verdad, contentos de haberla descubierto, cansados sin duda de los esfuerzos que supone hacerla operante, algunos esperan impacientes que sus lectores la discernan. De ahí que les parezca vano proceder con astucia para difundir la verdad.

Confucio alteró el texto de un viejo almanaque popular cambiando algunas palabras: en lugar de escribir: “El maestro Kun hizo matar al filósofo Wan”, escribió: “El maestro Kun hizo *asesinar* al filósofo Wan”. En el pasaje donde se hablaba de la muerte del tirano Sundso, “muerto en un atentado”, reemplazó la palabra “muerto” por “ejecutado”, abriendo la vía a una nueva concepción de la historia.

El que en la actualidad reemplaza “pueblo” por “población”, y “tierra” por “propiedad rural”, se niega ya a acreditar algunas mentiras, privando a

algunas palabras de su magia. La palabra “pueblo” implica una unidad fundada en intereses comunes; sólo habría que emplearla en plural, puesto que únicamente existen “intereses comunes” entre varios pueblos. La “población” de una misma región tiene intereses diversos e incluso antagónicos. Esta verdad no debe ser olvidada. Del mismo modo, el que dice “la tierra”, personificando sus encantos, extasiándose ante su perfume y su colorido, favorece las mentiras de la clase dominante. Al fin y al cabo, ¡qué importa la fecundidad de la tierra, el amor del hombre por ella y su infatigable ardor al trabajarla!: lo que importa es el precio del trigo y el precio del trabajo. El que saca provecho de la tierra no es nunca el que recoge el trigo, y “el gesto augusto del sembrador” no se cotiza en la Bolsa. El término justo es “propiedad rural”.

Cuando reina la opresión, no hablemos de “disciplina”, sino de “sumisión”, pues la disciplina excluye la existencia de una clase dominante. Del mismo modo, el vocablo “dignidad” vale más que la palabra “honor”, pues tiene más en cuenta al hombre. Todos sabemos qué clase de gente se precipita a defender el “honor” de un pueblo, y con qué liberalidad los ricos distribuyen “honores” a los que trabajan para enriquecerlos.

También podemos utilizar la astucia de Confucio en nuestros días. Y la de Tomás Moro. Este describió un país utópico idéntico a la Inglaterra de aque-

lla época, pero en el que las injusticias se presentaban como costumbres admitidas por todo el mundo.

Cuando Lenin, perseguido por la policía del Zar, quiso dar una idea de la explotación de Sajalín por la burguesía rusa, substituyó Rusia por Japón y Sajalín por Corea. La identidad de las dos burguesías era evidente, pero como Rusia estaba en guerra con el Japón, la censura dejó pasar el escrito de Lenin.

Hay una infinidad de astucias posibles para engañar a un Estado receloso. Voltaire luchó contra las supersticiones religiosas de su tiempo escribiendo la historia galante de *La doncella de Orleáns*: describiendo con bello estilo aventuras galantes sacadas de la vida de los grandes, Voltaire llevó a éstos a abandonar la religión (que hasta entonces tenían por caución de su vida disoluta). De repente se hicieron los propagadores celosos de las obras de Voltaire y ridiculizaron a la policía que defendía sus privilegios. La actitud de los grandes permitió la difusión ilícita de las ideas del escritor entre el público burgués, hacia el que precisamente apuntaba Voltaire.

Decía Lucrecio que contaba con la belleza de sus versos para la propagación de su ateísmo epicúreo. Las virtudes literarias de una obra pueden favorecer su difusión clandestina. Pero hay que reconocer que a veces suscitan múltiples sospechas. De ahí la necesidad de descuidarlas deliberadamente en ciertas ocasiones. Tal sería el caso, por ejemplo, si se

introdujera en una novela policíaca, género literario desacreditado, la descripción de condiciones sociales intolerables. A mi modo de ver, esto justificaría completamente la novela policíaca.

En la obra de Shakespeare se puede encontrar un modelo de verdad propagada por la astucia: el discurso de Antonio ante el cadáver de César. Afirmando constantemente la respetabilidad de Bruto, cuenta su crimen, y el retrato que traza de él es mucho más aleccionador que el del criminal. Dejándose dominar por los hechos, Antonio saca de ellos su fuerza de convicción, mucho más que de su propio juicio.

Jonathan Swift propuso en un panfleto que los niños de los pobres se pusieran a la venta en las carnicerías para que reinara la abundancia en el país. Después de efectuar cálculos minuciosos, el célebre escritor probó que se podrían realizar economías importantes llevando la lógica hasta el fin. Swift jugaba al monstruo. Defendía con pasión absolutista algo que odiaba. Era una manera de denunciar la ignominia. Cualquiera podía encontrar una solución más sensata que la suya, o al menos más humana; sobre todo, aquellos que no habían comprendido a dónde conducía este tipo de razonamiento.

Militar a favor del pensamiento, sea cual fuere la forma que éste adopte, sirve a la causa de los oprimidos. En efecto, los gobernantes al servicio de los explotadores consideran el pensamiento como algo

despreciable. Para ellos lo que es útil para los pobres es pobre. La obsesión que estos últimos tienen por comer, por satisfacer su hambre, es baja. Es bajo menospreciar los honores militares cuando se goza de este favor inestimable: batirse por un país cuando se muere de hambre. Es bajo dudar de un jefe que os conduce a la desgracia. El horror al trabajo que no alimenta al que lo efectúa es asimismo una cosa baja, y baja también la protesta contra la locura que se impone y la indiferencia por una familia que no aporta nada. Se suele tratar a los hambrientos como gentes voraces y sin ideal, de cobardes a los que no tienen confianza en sus opresores, de derrotistas a los que no creen en la fuerza, de vagos a los que pretenden ser pagados por trabajar, etcétera. Bajo semejante régimen, pensar es una actividad sospechosa y desacreditada. ¿Dónde ir para aprender a pensar? A todos los lugares donde impera la represión.

Sin embargo, el pensamiento triunfa todavía en ciertos dominios en que resulta indispensable para la dictadura. En el arte de la guerra, por ejemplo, y en la utilización de las técnicas. Resulta indispensable pensar para remediar, mediante la invención de tejidos “ersatz”, la escasez de lana. Para explicar la mala calidad de los productos alimenticios o la militarización de la juventud no es posible renunciar al pensamiento. Pero recurriendo a la astucia se puede evitar el elogio de la guerra, al que nos incitan los nue-

vos maestros del pensamiento. Así, la cuestión ¿cómo orientar la guerra? lleva a la pregunta: ¿vale la pena hacer la guerra? Lo que equivale a preguntar: ¿cómo evitar la guerra inútil? Evidentemente, no es fácil plantear esta cuestión en público hoy. Pero ¿quiere decir esto que haya que renunciar a dar eficacia a la verdad? Evidentemente, no.

Si en nuestra época es posible que un sistema de opresión permita a una minoría explotar a la mayoría, la razón reside en una cierta complicidad de la población, complicidad que se extiende a todos los dominios. Una complicidad análoga, pero orientada en sentido contrario, puede arruinar el sistema. Por ejemplo, los descubrimientos biológicos de Darwin eran susceptibles de poner en peligro todo el sistema, pero solamente la Iglesia se inquietó. La policía no veía en ello nada nocivo. Los últimos descubrimientos de la física implican consecuencias de orden filosófico que podrían poner en tela de juicio los dogmas irracionales que utiliza la opresión. Las investigaciones de Hegel en el dominio de la lógica facilitaron a los clásicos de la revolución proletaria, Marx y Lenin, métodos de un valor inestimable. Las ciencias son solidarias entre sí, pero su desarrollo es desigual según los dominios; el Estado es incapaz de controlarlos todos. Así, los pioneros de la verdad pueden encontrar terrenos de investigación relativamente poco vigilados. Lo importante es enseñar el buen método, que

exige que se interrogué a toda cosa a propósito de sus caracteres transitorios y variables. Los dirigentes odian las transformaciones: desearían que todo permaneciese inmóvil, a ser posible durante un milenio: que la Luna se detuviese y el Sol interrumpiese su carrera. Entonces nadie tendría hambre ni reclamaría alimentos. Nadie respondería cuando ellos abriesen fuego; su salva sería necesariamente la última.

Subrayar el carácter transitorio de las cosas equivale a ayudar a los oprimidos. No olvidemos jamás recordar al vencedor que toda situación contiene una contradicción susceptible de tomar vastas proporciones. Semejante método —la dialéctica, ciencia del movimiento de las cosas— puede ser aplicado al examen de materias como la biología y la química, que escapan al control de los poderosos, pero nada impide que se aplique al estudio de la familia; no se corre el riesgo de suscitar la atención. Cada cosa depende de una infinidad de otras que cambian sin cesar; esta verdad es peligrosa para las dictaduras.

Pues bien, hay mil maneras de utilizarla en las mismas narices de la policía. Los gobernantes que conducen a los hombres a la miseria quieren evitar a todo precio que, en la miseria, se piense en el Gobierno. De ahí que hablen de destino. Es al destino, y no al Gobierno, al que atribuyen la responsabilidad de las deficiencias del régimen. Y si alguien pretende llegar a las causas de estas insuficiencias, se le detiene antes de que llegue al Gobierno.

Pero en general es posible reclinar los lugares comunes sobre el destino y demostrar que el hombre se forja su propio destino. Ahí tenéis el ejemplo de esa granja islandesa sobre la que pesaba una maldición. La mujer se había arrojado al agua, el hombre se había ahorcado. Un día, el hijo se casó con una joven que aportaba como dote algunas hectáreas de tierra. De golpe, se acabó la maldición. En la aldea se interpretó el acontecimiento de diversos modos. Unos lo atribuyeron al natural alegre de la joven; otros a la dote, que permitía, al fin, a los propietarios de la granja comenzar sobre nuevas bases. Incluso un poeta que describe un paisaje puede servir a la causa de los oprimidos si incluye en la descripción algún detalle relacionado con el trabajo de los hombres. En resumen: importa emplear la astucia para difundir la verdad.

Conclusión

La gran verdad de nuestra época, conocerla no es todo, pero ignorarla equivale a impedir el descubrimiento de cualquier otra verdad importante, es ésta: nuestro continente se hunde en la barbarie porque la propiedad privada de los medios de producción se mantiene por la violencia. ¿De qué sirve escribir valientemente que nos hundimos en la barbarie si no se dice claramente por qué? Los que torturan lo hacen por conservar la propiedad privada de los medios de producción.

Ciertamente, esta afirmación nos hará perder muchos amigos: todos los que, estigmatizando la tortura, creen que no es indispensable para el mantenimiento de las formas actuales de propiedad.

Digamos la verdad sobre las condiciones bárbaras que reinan en nuestro país; así será posible suprimirlas, es decir, cambiar las actuales relaciones de producción. Digámoslo a los que sufren del *statu quo* y que, por consiguiente, tienen más interés en que se modifique: a los trabajadores, a los aliados posibles de la clase obrera, a los que colaboran en este estado de cosas sin poseer los medios de producción.

SI ESTO ES UN HOMBRE

PRIMO LEVI

Ustedes, sí, los que viven seguros
en domicilios con calefacción
y encuentran al volver a sus hogares
una cena caliente y rostros amigables:
Consideren si es realmente un hombre
quien trabaja en el fango,
quien no conoce paz,
quien tiene que luchar por un mendrugo,
quien muere por un sí o por un no.
Y consideren si es una mujer
quien no tiene cabello ya ni tiene nombre
pues no le quedan fuerzas para recordarlo,
con la mirada hueca y el regazo tan frío
como rana en invierno.
Piensen ustedes que esto ha sucedido.
Les dejo estas palabras para que se las graben
dentro del corazón. Cuando lleguen a casa
o vayan por la calle, cuando se acuesten
y cuando se levanten díganlas a sus hijos.

CATORCE CLAVES PARA IDENTIFICAR EL FASCISMO

UMBERTO ECO

El término «fascismo» se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos, y siempre podremos reconocerlo como fascista. Quítenle al fascismo el imperialismo y obtendrán a Franco o Salazar; quítenle el colonialismo y obtendrán el fascismo balcánico. Añádanle al fascismo italiano un anticapitalismo radical (que nunca fascinó a Mussolini) y obtendrán a Ezra Pound. Añádanle el culto la mitología celta y el misticismo del Grial (completamente ajeno al fascismo oficial) y obtendrán uno de los gurús fascistas más respetados, Julius Evola. A pesar de esta confusión, considero que es posible indicar una lista de características típicas de lo que me gustaría denominar «Ur-Fascismo», o «fascismo eterno». Tales características no pueden quedar encuadradas en un sistema; muchas se contradicen mutuamente, y son típicas de otras formas de despotismo o fanatismo, pero basta con que una de ellas esté presente para hacer coagular una nebulosa fascista.

1. La primera característica de un Ur-Fascismo es el culto de la **tradición**. El tradicionalismo es más antiguo que el fascismo. No fue típico sólo del pensamiento contrarrevolucionario católico posterior a la Revolución Francesa, sino que nació en la edad helenística tardía como reacción al racionalismo griego clásico. En la cuenca del Mediterráneo, los pueblos de religiones diferentes (aceptadas todas con indulgencia por el Olimpo romano) empezaron a soñar con una revelación recibida en el alba de la historia humana. Esta revelación había permanecido durante mucho tiempo bajo el velo de lenguas ya olvidadas. Estaba encomendada a los jeroglíficos egipcios, a las runas de los celtas, a los textos sagrados, aún desconocidos, de algunas religiones asiáticas. Esta nueva cultura había de ser sincrética. «Sincretismo» no es sólo, como indican los diccionarios, la combinación de formas diferentes de creencias o prácticas. Una combinación de ese tipo debe tolerar las contradicciones. Todos los mensajes originales contienen un germen de sabiduría y, cuando parecen decir cosas diferentes o incompatibles, lo hacen sólo porque todos aluden, alegóricamente, a alguna verdad primitiva. Como consecuencia, ya no puede haber avance del saber. La verdad ya ha sido anunciada de una vez por todas, y lo único que podemos hacer nosotros es seguir interpretando su oscuro mensaje. Es suficiente mirar la cartilla de cualquier movimiento fascista para en-

contrar a los principales pensadores tradicionalistas. La gnosis nazi se alimentaba de elementos tradicionalistas, sincretistas, ocultos. La fuente teórica más importante de la nueva derecha italiana, Julius Evola, mezclaba el Grial con los Protocolos de los Ancianos de Sión, la alquimia con el Sacro Imperio Romano. El hecho mismo de que, para demostrar su apertura mental, una parte de la derecha italiana haya ampliado recientemente su cartilla juntando a De Maistre, Guénon y Gramsci es una prueba fehaciente de sincretismo. Si curiosean ustedes en los estantes que en las librerías americanas llevan la indicación *New Age*, encontrarán incluso a San Agustín, el cual, por lo que me parece, no era fascista. Pero el hecho mismo de juntar a San Agustín con Stonehenge, esto es un síntoma de Ur-Fascismo.

2. El tradicionalismo implica el **rechazo del modernismo**. Tanto los fascistas como los nazis adoraban la tecnología, mientras que los pensadores tradicionalistas suelen rechazar la tecnología como negación de los valores espirituales tradicionales. Sin embargo, a pesar de que el nazismo estuviera orgulloso de sus logros industriales, su aplauso a la modernidad era sólo el aspecto superficial de una ideología basada en la «sangre» y la «tierra» (*Blut und Boden*). El rechazo del mundo moderno se camuflaba como condena de la forma de vida capitalista, pero concernía principal-

mente a la repulsa del espíritu del 1789 (o del 1776, obviamente). La Ilustración, la edad de la Razón, se ven como el principio de la depravación moderna. En este sentido, el Ur-Fascismo puede definirse como «irracionalismo».

3. El irracionalismo depende también del **culto de la acción por la acción**. La acción es bella de por sí y, por lo tanto, debe actuarse antes de y sin reflexión alguna. Pensar es una forma de castración. Por eso la cultura es sospechosa en la medida en que se la identifica con actitudes críticas. Desde la declaración atribuida a Goebbels («cuando oigo la palabra cultura, echo la mano a la pistola») hasta el uso frecuente expresiones como «cerdos intelectuales», «estudiante cabrón, trabaja de peón», «muera la inteligencia», «universidad, guarida de comunistas», la sospecha hacia el mundo intelectual ha sido siempre un síntoma de Ur-Fascismo. El mayor empeño de los intelectuales fascistas oficiales consistía en acusar a la cultura moderna y a la *intelligentsia* liberal de haber abandonado los valores tradicionales.

4. Ninguna forma de sincretismo puede aceptar el pensamiento crítico. El espíritu crítico produce distinciones, y distinguir es señal de modernidad. En la cultura moderna, la comunidad científica entiende el desacuerdo como instrumento de progreso de los

conocimientos. Para el Ur-Fascismo, el desacuerdo es traición.

5. El desacuerdo es, además, un signo de diversidad. El Ur-Fascismo crece y busca el consenso explotando y exacerbando el natural **miedo de la diferencia**. El primer llamamiento de un movimiento fascista, o prematuramente fascista, es contra los intrusos. El Ur-Fascismo es, pues, racista por definición.

6. El Ur-Fascismo surge de la **frustración individual o social**. Lo cual explica por qué una de las características típicas de los fascismos históricos ha sido el llamamiento a las clases medias frustradas, desazonadas, por alguna crisis económica o humillación política, asustadas por la presión de los grupos sociales subalternos. En nuestra época, en la que los antiguos «proletarios» se están convirtiendo en pequeña burguesía (y los lumpen se autoexcluyen de la escena política), el fascismo encontrará su público en esta nueva mayoría.

7. A los que carecen de una identidad social cualquiera, el Ur-Fascismo les dice que su único privilegio es el más vulgar de todos, haber nacido en el mismo país. Es éste el origen del «**nacionalismo**». Además, los únicos que pueden ofrecer una identidad a la nación son los enemigos. De esta forma, en la raíz de la psicología Ur-Fascista está la obsesión por el complot, posible-

mente internacional. Los secuaces deben sentirse asediados. La manera más fácil para hacer que asome un complot es apelar a la xenofobia. Ahora bien, el complot debe surgir también del interior: los judíos suelen ser el objetivo mejor, puesto que presentan la ventaja de estar al mismo tiempo dentro y fuera. En América, el último ejemplo de la obsesión del complot está representado por el libro *The New World Order* de Pat Robertson.

8. Los fascistas deben sentirse humillados por la riqueza y la fuerza que ostentan los enemigos. Cuando era niño, me enseñaban que los ingleses eran el «pueblo de las cinco comidas»: comían más a menudo que los italianos, que eran pobres pero sobrios. Los judíos son ricos y se ayudan mutuamente gracias a una red secreta de ayuda mutua. Los fascistas, con todo, deben estar convencidos de que pueden derrotar a los enemigos. De este modo, gracias a un continuo salto de registro retórico, los enemigos son simultáneamente demasiado fuertes y demasiado débiles. Los fascismos están condenados a perder sus guerras, porque son incapaces constitucionalmente de valorar con objetividad la fuerza del enemigo.

9. Para el Ur-Fascismo, no hay lucha por la vida, sino **«vida para la lucha»**. El pacifismo es entonces colusión con el enemigo; el pacifismo es malo porque

la vida es una guerra permanente. Esto, sin embargo, lleva consigo un complejo de Armagedón: puesto que los enemigos deben y pueden ser derrotados, tendrá que haber una batalla final, con la cual el movimiento obtendrá el control del mundo. Una solución final de ese tipo implica una futura era de paz, una Edad de Oro que contradice el principio de la guerra permanente. Ningún líder fascista ha conseguido resolver jamás esta contradicción.

10. El **elitismo** es un aspecto típico de toda ideología reaccionaria, en cuanto fundamentalmente aristocrática. En el curso de la historia, todos los elitismos aristocráticos y militaristas han implicado el desprecio por los débiles. El Ur-Fascismo no puede evitar predicar un «elitismo popular». Cada ciudadano pertenece al mejor pueblo del mundo, los miembros del partido son los ciudadanos mejores, cada ciudadano puede (o debería) convertirse en miembro del partido pero no puede haber patricios sin plebeyos. El líder, que sabe perfectamente que su poder no lo ha obtenido por mandato, sino que lo ha conquistado con la fuerza, sabe también que su fuerza se basa en la debilidad de las masas, tan débiles que necesitan y se merecen un «dominador». Puesto que el grupo está organizado jerárquicamente (según un modelo militar), todo líder subordinado desprecia a sus subalternos, y cada uno de ellos desprecia a sus inferiores. Todo ello refuerza el sentido de un elitismo de masa.

11. En esta perspectiva, cada uno está educado para convertirse en un **héroe**. En todas las mitologías, el «héroe» es un ser excepcional, pero en la ideología Ur-Fascista el heroísmo es la norma. Este culto al heroísmo está vinculado estrechamente con el culto a la muerte: no es una coincidencia que el lema de los falangistas fuera «¡Viva la muerte!» A la gente normal se le dice que la muerte es enojosa, pero que hay que encararla con dignidad; a los creyentes se les dice que es una forma dolorosa de alcanzar una felicidad sobrenatural. El héroe Ur-Fascista, en cambio, aspira a la muerte, anunciada como la mejor recompensa de una vida heroica. El héroe Ur-Fascista está impaciente por morir, y en su impaciencia, hay que reconocerlo, más a menudo consigue hacer que mueran los demás.

12. Puesto que tanto la guerra permanente como el heroísmo son juegos difíciles de jugar, el Ur-Fascista transfiere su voluntad de poder a cuestiones sexuales. Éste es el origen del **machismo** (que implica desdén hacia las mujeres y una condena intolerante de costumbres sexuales no conformistas, desde la castidad hasta la homosexualidad). Y puesto que también el sexo es un juego difícil de jugar, el héroe Ur-Fascista juega con las armas, que son su Ersatz fálico: sus juegos de guerra se deben a una *invidia penis* permanente.

13. El Ur-Fascismo se basa en un «populismo cualitativo». En una democracia, los ciudadanos gozan de

derechos individuales, pero el conjunto de los ciudadanos sólo está dotado de un impacto político desde el punto de vista cuantitativo (se siguen las decisiones de la mayoría). Para el Ur-Fascismo, los individuos como individuos no tienen derechos, y el «pueblo» se concibe como una cualidad, una entidad monolítica que expresa la «voluntad común». Puesto que ninguna cantidad de seres humanos puede poseer una voluntad común, el líder pretende ser su intérprete. Habiendo perdido su poder de mando, los ciudadanos no actúan, son llamados sólo *pars pro toto* a desempeñar el papel de pueblo. El pueblo, de esta manera, es sólo una ficción teatral. Para poner un buen ejemplo de populismo cualitativo, ya no necesitamos Piazza Venezia o el estadio de Nuremberg. En nuestro futuro se perfila un populismo cualitativo, Televisión o Internet, en el que la respuesta emotiva de un grupo seleccionado de ciudadanos puede ser presentada o aceptada como la «voz del pueblo». En razón de su populismo cualitativo, el Ur-Fascismo debe oponerse a los «podridos» gobiernos parlamentarios. Una de las primeras frases que Mussolini pronunció en el parlamento italiano fue: «Hubiera podido transformar esta aula sorda y gris en un vivac para mis manipulas». De hecho, encontró inmediatamente un alojamiento mejor para sus manípulos, pero poco después liquidó el parlamento. Cada vez que un político arroja dudas sobre la legitimidad del parlamento porque no representa ya la «voz del pueblo», podemos percibir olor de Ur-Fascismo.

14. El Ur-Fascismo habla la «neolengua». La «neolengua» fue inventada por Orwell en 1984, como lengua oficial del Ingsoc, el socialismo inglés, pero elementos de Ur-Fascismo son comunes a formas diversas de dictadura. Todos los textos escolares nazis o fascistas se basaban en un léxico pobre y en una sintaxis elemental, con la finalidad de limitar los instrumentos para el razonamiento complejo y crítico. Pero debemos estar preparados para identificar otras formas de neolengua, incluso cuando adoptan la forma inocente de un popular *reality-show*.

Después de haber indicado los posibles arquetipos del Ur-Fascismo, concédanme que concluya. La mañana del 27 de julio de 1943 me dijeron que, según los partes leídos por radio, el fascismo había caído y Mussolini había sido arrestado. Mi madre me mandó a comprar el periódico. Fui al quiosco más cercano y vi que los periódicos estaban, pero los nombres eran diferentes. Además, después de una breve ojeada a los títulos, me di cuenta de que cada periódico decía cosas diferentes. Compré uno al azar y leí un mensaje impreso en la primera página, firmado por cinco o seis partidos políticos, como Democracia Cristiana, Partido Comunista, Partido Socialista, Partido de Acción y Partido Liberal. Hasta aquel momento yo creía que había un solo partido por país, y que en Italia sólo existía el Partido Nacional Fascista. Estaba descubriendo que en mi país

podía haber diferentes partidos al mismo tiempo. No sólo esto: puesto que era un chico listo, me di cuenta enseguida de que era imposible que tantos partidos hubieran surgido de un día para otro. Comprendí, así, que ya existían como organizaciones clandestinas. El mensaje celebraba el final de la dictadura y el regreso de la libertad: libertad de palabra, de prensa, de asociación política. Estas palabras, «libertad», «dictadura» —Dios mío— era la primera vez en mi vida que las leía. En virtud de estas nuevas palabras yo había renacido hombre libre occidental. Debemos prestar atención a que el sentido de estas palabras no se vuelva a olvidar. El Ur-Fascismo está aún a nuestro alrededor, a veces con trajes de civil. Sería muy cómodo, para nosotros, que alguien se asomara a la escena del mundo y dijera: «¡Quiero volver a abrir Auschwitz, quiero que las camisas negras vuelvan a desfilan solemnemente por las plazas italianas!» Por desgracia, la vida no es tan fácil. El Ur-Fascismo puede volver todavía con las apariencias más inocentes. Nuestro deber es desenmascararlo y apuntar con el índice sobre cada una de sus formas nuevas, cada día, en cada parte del mundo. Vuelvo a darle la palabra a Roosevelt: «Me atrevo a afirmar que si la democracia americana deja de progresar como una fuerza viva, intentando mejorar día y noche con medios pacíficos las condiciones de nuestros ciudadanos, la fuerza del fascismo crecerá en nuestro país» (4 de noviembre de 1938).

La libertad y la liberación son tareas que no acaban nunca. Que éste sea nuestro lema: «No olvidemos». Y permítanme que acabe con una poesía de Franco Forfini:

En el borde del puente,
cabezas de colgados.
En el agua de la fuente,
babas de los colgados.
En las piedras de la plaza,
uñas de fusilados.
En la hierba seca del prado
dientes de fusilados.
Morder el aire morder las piedras
nuestra carne no es ya carne de hombres.
Morder el aire morder las piedras
que nuestro corazón no es ya de hombres.
Mas vimos en los ojos de los muertos
la libertad que haremos en la tierra
Mas apretó los puños de los muertos
la justicia futura que vendrá.